

# JOYAS DEL TEATRO.

COLECCION DE LAS MEJORES OBRAS DRAMÁTICAS REPRESENTADAS

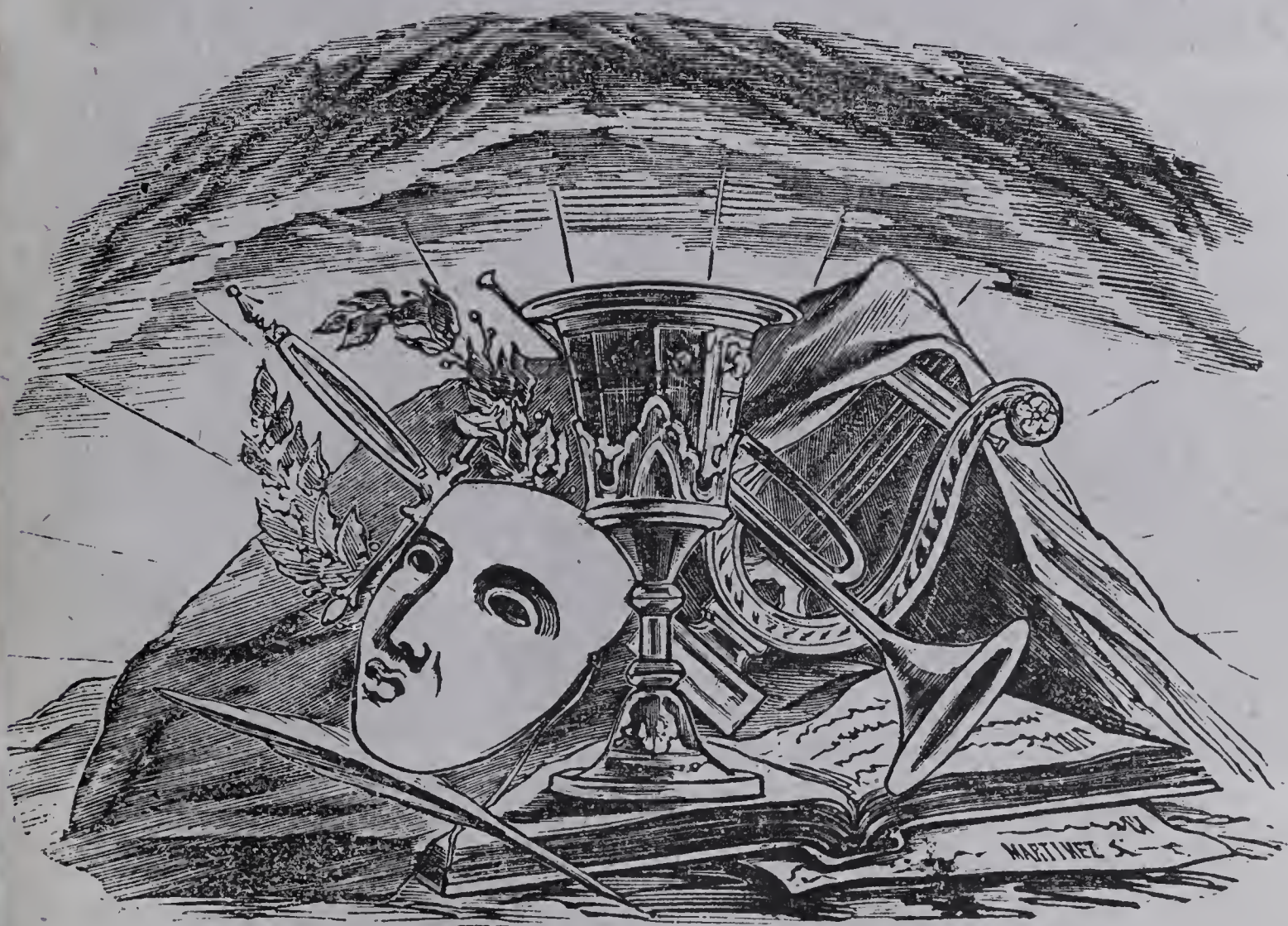
EN TODOS LOS TEATROS DE ESPAÑA Y ULTRAMAR.

TEATRO PRINCIPAL.

## EL CONDE HERMAN,

drama en cinco actos.

4 reales en Barcelona.— 5 fuera.

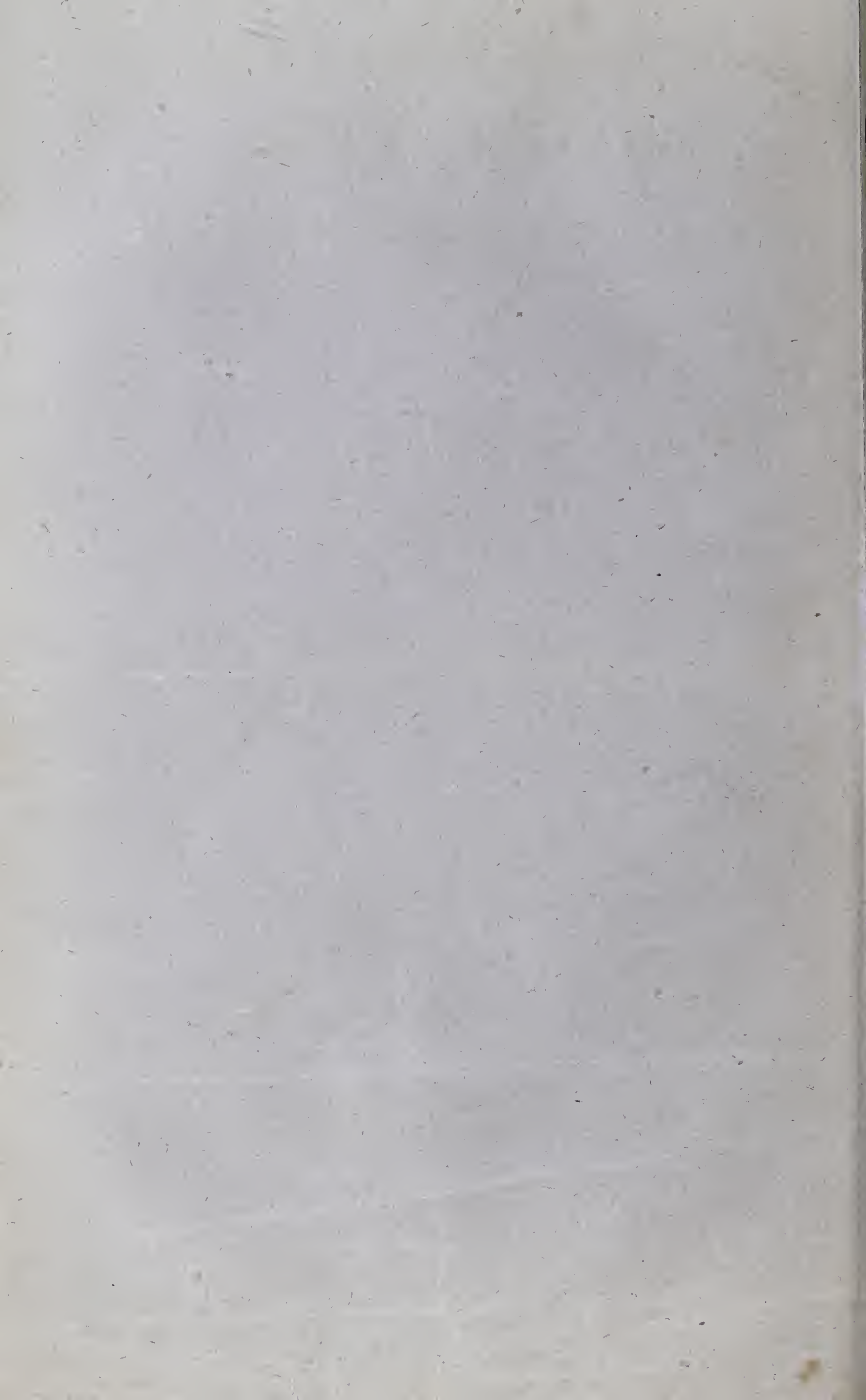


BARCELONA,

Imprenta y librería de la Sra. Viuda é Hijos de MAYOL, editores,  
calle de Fernando VII, núm. 29.

1850.







## EL CONDE HERMAN. — PREFACIO.

Este prefacio, contra todos los usos adquiridos, ha sido escrito la víspera de la representacion del drama, en lugar de ser escrito al dia siguiente.

Ofrecerá por consiguiente la ventaja de encerrar el pensamiento del autor por entero, y puro de esas modificaciones que forzosamente introducen en su espíritu la derrota ó el triunfo de su obra.

Esta última es pues aun, lo mismo para él que para el público, la vírjen de vestido blanco y de la corona de azucenas que ningun contacto humano ha manchado, — el ángel casto bajado del cielo en alas de su pensamiento, y que va esta noche ó á permanecer en la tierra envuelto en el fango de la derrota ó á subir á lo alto con la aureola del triunfo.

Ay! desde el mes de Febrero de 1828, época en que el autor del *Conde Herman* hizo representar su primer drama, muchos acontecimientos han transcurrido arrastrando los hombres y las cosas; y el que estas líneas escribe, apoyado en las dos creencias que ni un solo instante le han nunca abandonado, — su fé en Dios y su fé en el arte — ha visto ya caer tres tronos que esos á quien llaman hombres de Estado creian tan hondamente arraigados en la tierra, tan inalterables, tan eternos, como esos sombríos y misteriosos monumentos que construian entre Menfis y Alejandría los Faraones egipcios y las cortesanas del Nilo.

Así pues, Napoleon muriendo en Santa Helena, Carlos X muriendo en Gratz, Luis Felipe viviendo en Claremont, han pasado uno tras de otro ante el niño soñador, ante el jóven ébrio de esperanza, ante el hombre lleno de realidades, para decirle: — «No hay en el mundo mas poder eterno que el poder del arte.»

El arte que, semejante al ave de Etiopía, se forma, al sentirse envejecer, una hoguera con sus propias obras, y de las llamas de esa hoguera sale mas jóven y mas resplandeciente que nunca.

El autor del *Conde Herman* es uno de los que todo lo han ensayado en el teatro. Cuarenta dramas representados en veinte años, le han permitido — así al menos lo cree, — sondear ese abismo cuyo fondo han tocado tan pocos, y que se llama capricho del público. Sabe pues que ese capricho no es el efecto de la casualidad, sabe que esa multitud, como las espigas, como los bosques, como las olas, como todo aquello que se encorva en fin, se encorva bajo una cosa invisible mas poderosa que ella. Para las espigas, para los bosques, para las olas, esa cosa invisible es el hálito del viento; para la multitud esa cosa invisible es el soplo de Dios.

Épocas hay en que un pueblo está tranquilo como un lago. Épocas en que un pueblo se presenta tempestuoso como un océano. Será pues siempre la misma, la voz que hablará á ese pueblo? — No, tendrá un acento para la calma y otro acento para la tempestad.

He ahí porque el autor del *Conde Herman*, cuando se le ha dicho: «Escribidnos en 1849, un drama como los escribiais en 1832, un drama puro, íntimo y apasionado, como *Anjela* y *Antony*,» ha contestado:

— Sí, os haré un drama puro, íntimo y apasionado, como *Antony* y *Anjela*; solo que las pasiones no serán las mismas porque la época en que vivimos es diferente, — porque la edad en que escribo es diferente; — porque he pasado á través de esas pasiones que he descrito, — porque he medido el vacío, — porque he sondeado la locura, — porque á estas horas en fin, veo la vida desde el otro lado del horizonte.

Épocas hay en que la sociedad, llena de agitacion y de duda, adivina, siente por mejor decir que se la arrastra hácia el abismo. Entonces, como en un buque



que zozobra y donde toda maniobra es inútil, cada uno sigue la inclinación de su instinto. Los unos bajan hasta la degradación, los otros tratan de remontarse á Dios. — Estos se embriagan de aguardiente, de ron, de ginebra y convierten la hora suprema en una orgía; aquellos se arrodillan, esperan y rezan; después, en medio de esas grandes divisiones que opera el peligro en la especie humana, hay algunos espíritus extraños que sueñan lo imposible, — una aparición, — un milagro, — una alianza con lo desconocido.

También era un tiempo parecido á este el en que aparecieron Cagliostro y Mesmer. Sentíase temblar bajo los pies el buque del Estado; sentíase que una corriente fatal lanzaba el viejo mundo á su perdición; — veíase en pie y sombría en el horizonte la roca contra la cual iba á estrellarse. Y los unos cantaban como Dorat, Parny y Demoustier, los otros oraban como Chateaubriand: — y algunos, en fin, ansiando lo imposible, aspiraban á la vida material, como Cagliostro, — á la vida espiritual, como Mesmer.

Todos aguardaban la tempestad.

Así pues era un época análoga á la que acabamos de describir, ese período de 1830 á 1834, durante el cual fueron escritos los dramas de *Antony* y de *Anjela*. Había algo que flotaba en el aire, — el último suspiro de Byron, quizá, — y que arrojaba una incertidumbre profunda en los espíritus, una duda mortal en el corazón. También se sintió entonces nuevamente estremecerse el puente del buque bajo los pies de los pasajeros; llegaba el turno de nuestra orgía. — Láménais no era aun el abate rojo: rezaba. — San Simon y Fourier, esos Cagliostro y Mesmer del siglo déci no nono, soñaban su mundo imposible y desconocido.

Como se dirigía 1780 á 1793, — 1830 encaminábase á 1848.

Es decir, al fin propuesto por el Señor á todo gran pueblo, — á la libertad, — á la unidad, — á la fraternidad.

Y, entiéndase bien, por la palabra fraternidad, no entendemos aquí esa fraternidad de cuerpo de guardia que unos embaucadores, pagados por tribunales ébrios, escribían con fango rojo en las paredes acribilladas á balazos de una villa aun febril de la asonada. No, entendemos esa gran fraternidad de los pueblos que no conoce esos límites ideales que en lenguaje político se llaman fronteras, que atraviesa los ríos flotando sobre las aguas como el espíritu del Señor, que se cierne encima de los montes como el águila, que no tiene mas horizonte que los horizontes, — periplo infinito del mundo — y que los reyes retrasan á veces en su carrera, pero que no son bastante poderosos para distraerla de su fin y objeto.

Hemos llegado á este tiempo, ó al menos el que escribe estas líneas tomando el relevo por el término del camino, cree haber llegado. Tenía pues razón al decir, bajo su punto de vista al menos, que haría un drama puro, íntimo y apasionado, como *Antony* y *Anjela*, pero con otras pasiones.

En efecto, *Anjela* es el sueño del materialista: — Alvimar se embriaga, canta y muere.

En efecto, *Antony* es el sueño del loco: — Antony sueña, cree en lo imposible y muere.

Ambos mueren malditos, ambos condenados.

En el *Conde Herman*, al contrario, en lugar del amor físico, en lugar de la brutalidad material, la castidad de una mujer y el sacrificio de un hombre están llamados á producir esos efectos de emociones y de lágrimas que quince años atrás pidió el autor á otras pasiones. Será el efecto tan poderoso? Lo espera.

Antony y Alvimar, hemos dicho, mueren malditos y condenados.

Esta noche vereis como muere el conde Herman. — ALEJANDRO DUMAS.



# EL CONDE HERMAN,

DRAMA EN CINCO ACTOS, POR ALEJANDRO DUMAS,

Traducido por D. Victor Balaguer.

## Personages.

El conde HERMAN DE SCHAWEMBOURG.  
El baron KARL DE FLORSHEIM, su sobrino.  
El doctor FRITZ STURLER.  
El baron FRANZ DE STAUFFENBACH.  
El príncipe ELIM DEMBIRSKI, joven ruso.  
El vizconde AMADEO DE HORNOY, joven francés.  
WALTER DE THORKILL.  
DE FALK, consejero del gran ducado de Bade.

STURLER, padre de Fritz, director de los baños.  
WILDMANN, guardabosque.  
JORGE, criado.  
HUBERT, criado.  
Un mozo de posada.  
MÁRIA DE STAUFFENBACH.  
MARTA, su nodriza.

## ACTO PRIMERO.

*El salon de descanso de los baños de Baden-Baden.*

### ESCENA PRIMERA.

STURLER, JORGE.

STURLER. (*A Jorge, que dispone una mesa á derecha del espectador.*) Otro cubierto. Esos señores son cuatro: el príncipe Elim, el señor consejero de Falk, el señor Valter de Thorkill y el señor vizconde Amadeo de Hornoy. Bravo. Ahora id á decirle al cocinero que sirva el almuerzo á las once en punto.

(*Vase Jorge.*)

### ESCENA II.

STURLER, KARL DE FLORSHEIM.

KARL (*En el umbral de la puerta: traje de camino, botas llenas de polvo, un látigo en la mano. Habla en el bastidor con una persona que no aparece.*) Perfectamente... Decís que os he insultado, verdad, señor mio?... Como gustéis, está dicho: teneis la eleccion de armas. Ahí va mi tarja, y aguardo vuestros testigos. Pádeceme que no puedo decir mas!... (*Volviéndose.*) Buenos dias, señor Sturler.

STURLER. Que ha sucedido, caballero?

KARL. Nada, menos que nada.

STURLER. Lo digo porque se me figuraba haber oido...

KARL. Pues lo habeis oido mal, mi querido señor Sturler.

STURLER. Creo que me estais hablando...

KARL. Como á un viejo amigo, verdad?... Vamos, miradme bien.

STURLER. Ya os miro, caballero, y me parece en efecto...

KARL. No me conocéis?

STURLER. Si por cierto... sí... aguardad... Vos sois... toma! vos sois...

KARL. Pues! yo soy...

STURLER. Sois... sois... Dios me perdone! sois el baron Karl de Florsheim.

KARL. Nada tiene Dios que perdonaros, mi querido amigo, porque habeis dicho la pura verdad... Algo tostado me volveis á ver, no es cierto? Toma! que quereis, mi querido Sturler, con un sol como el de Montevideo y Buenos Aires no hay otro remedio.

STURLER. Entonces, si sois el baron Karl de Florsheim, podeis darme noticias de vuestro tio el conde Herman.

KARL. Y noticias las mas recientes, amigo mio... Como que me separo de él hace una hora y dentro diez minutos estará aquí.



STURLER. En este caso, Fritz, mi hijo...

KARL. Fritz, vuestro hijo, no tardará un cuarto de hora en estar en brazos de su padre.

STURLER. Cómo!... aquí!- aquí!... antes de un cuarto de hora... Me parece imposible!

KARL. Pues no debe pareceros así á menos que tengais por imposible la felicidad.

STURLER. Gracias, señor Karl, gracias... pero ante todo, decidme, está el señor conde contento de Fritz?

KARL. Oh! como médico no puede estarlo mas... Le ha hecho enormes servicios y, desgraciadamente, no ha acabado aun de hacérselos.

STURLER. Pues qué, la salud del señor conde....

KARL. Fatal, mi querido Sturler... Desde que en Montevideo y en un duelo recibió una herida, cada emocion un poco fuerte que experimenta, le hace arrojar sangre por la boca... Esto mina su existencia y causa la desesperacion de todos nosotros. Le devolvemos pues á Europa, tanto mas cuanto que Fritz pretende que ha de probarle el aire natal.

STURLER. Dispensadme, señor Karl... pero deciais que el conde Herman estaba contento de Fritz como médico. Estaria acaso descontento de él como hombre?

KARL. No; vuestro hijo es por el contrario un apreciable compañero. Bien es verdad que es un poco escéptico, un poco materialista, un poco ateo, pero, que quereis! No se dedica uno á la anatomia durante tres años sin dejar la mejor de sus creencias en la punta de su escalpelo.

STURLER. Oh!... Hoy mismo se lo decia yo á su novia; lo que le falta no es la voluntad, no es el estudio, no es la ciencia, ay! no, es la fé!

KARL. Sin embargo, mi buen Sturler, en algo será preciso que tenga fé puesto que se casa.

STURLER. Mirad, señor Karl, creedme si quereis... Acaso hago mal en decir esto de mi hijo, de mi único hijo... pero ese enlace... por muy noble, por muy bella y por muy pura que sea su desposada, temo que no sea mas que un cálculo de ambicion, una combinacion de fortuna... Esa amistad de un simple estudiante, del hijo de un pobre posadero como yo, con un jóven señor como el caballero Frantz de Stauffenbach, oculta algun pacto solo de ellos conocido. El señor de Stauffenbach es jugador, se come poco á poco su patrimonio, y tiene

imperiosas necesidades de dinero.

KARL. Y bien!... es bastante rico vuestro hijo para proveer á sus necesidades?... No... luego no puede haber entre ellos mas pacto que una simple union de Universidad... Yo no creo en todos esos cálculos en los hombres de nuestra edad, Sturler. La juventud tiene sus defectos... pasiones mejor que vicios... pero tambien tiene sus cualidades...

STURLER. Es que Fritz nunca ha sido jóven.

KARL. Calla! pues no sois vos, mi querido Sturler, quien acensais á vuestro hijo y yo quien le defiendo... verdaderamente hemos cambiado los papeles.

STURLER. Verdad es; dispensadme, señor Karl.

KARL. Estais dispensado. Volvamos á mi tio. Teneis una habitacion para él, no es verdad?

STURLER. Una habitacion para el conde Herman!... Toda la casa si la desea.

KARL. Oh! ya comprendeis que nosotros no queremos molestar á nadie, pero, como deseo sin embargo que el conde esté alojado segun sus usos y costumbres, me ha parecido prudente adelantarme.

STURLER. (*A media voz.*) No le ha ocurrido á él la idea de venir á verme un cuarto de hora mas pronto.

KARL. (*Continuando.*) Dadme pues uno de vuestros dependientes para recorrer la posada y escojer la que crea conveniente.

STURLER. No faltaba mas... Yo mismo voy...

KARL. No por cierto... es inutil. Mirad, esos caballeros os necesitan sin duda. (*Señala á Valter y á Amadeo de Hornoy que han entrado durante la conversacion*) Luego, olvidais que vuestro hijo va á llegar, y que viniendo conmigo no estariais aquí para recibirle.

STURLER. Como gustéis pues, señor Karl. (*A un criado.*) Jorje, acompañad al señor baron, mostradle todas las habitaciones desocupadas que hay en la posada.

(*Karl se aleja, saluda á los extranjeros y sale.*)

### ESCENA III.

DICHOS, en seguida EL CONSEJERO ALBERTO DE FALK y EL PRÍNCIPE ELIM.

VALTER. Si no me equivoco, creo haber oido pronunciar el nombre del conde Herman...

STURLER. Si, por su sobrino que me anunciaba su regreso.



AMADEO. Quien es ese conde Herman?

VALTER. Como se conoce que es la primera vez que habeis venido á Alemania, vizconde!

AMADEO. Por qué?

VALTER. Es como si yo os preguntase á vos, francés, lo que es un Armañac ó un Guisa, si os quedaran Guisas ó Armañacs.

AMADEO. Ese conde Herman es entonces de antigua nobleza?

VALTER. Que remonta á Arminius nada menos.

DE FALK. (*Entrando.*) De quien hablais? Es acaso de Herman de Schawenbourg?

VALTER. Si por cierta, de él en persona.

DE FALK. Está aquí?

VALTER. Va á llegar.

AMADEO. Es de vuestros amigos, señor de Falk?

DE FALK. Somos antiguos compañeros de universidad... Estudiamos juntos en Heidelberg. Y vos, Thorkill, le conoceis?

VALTER. No; pero nuestros abuelos se conocieron en 1337, afortunadamente para vuestro servidor, que sin esta circunstancia no hubiera venido al mundo.

ELIM. (*Entrando.*) Esos diablos de Alemanes!... os hablan del siglo catorce como si estuvieran aun en tiempo del emperador Maximiliano.

VALTER. Eso os asombra á vosotros los rusos!... que habeis nacido ayer. Por eso sois todos príncipes... mientras que nosotros somos sencillamente caballeros.. verdad es que hace ya seiscientos años que lo somos.

AMADEO. Pero á todo esto aun no me habeis dicho que hombre es en realidad vuestro conde Herman?

DE FALK. Qué hombre?... voy á decíroslo, vizconde: es la caballeria del siglo quince unida á la cortesía del diez y ocho; es el complemento de todas las cualidades que hacen del hombre el rey de la creacion: valor, lealtad, poesia... Gracias á su inmensa fortuna, fortuna transmitida por fideicomisos, conservada por mayorazgos, ha visitado el mundo entero, todo lo ha visto, todo lo ha probado, á todo se ha atrevido y todo lo ha usado... Ahora, usa su vida.

VALTER. Cómo!

DE FALK. Si... va muriéndose... de no se que enfermedad de pecho... de una herida, dicen; pero se muere como hombre que nada que echar menos tiene en la tierra ni nada que te-

mer en el cielo. Su sobrino el baron Karl, será el heredero de una docena de millones esparcidos por la superficie del globo... en Alemania, en América, en la India... Si hubiera nacido el conde en la edad media, cuando la época de las grandes aventuras, hubiera sido un héroe á la manera de Goetz de Berlichingen ó de Juan de los bandos negros. Atraído por el olor de la pólvora, ha estado en todas partes donde se ha disparado un tiro: en España, en 1823; en Grecia, en 1826; en África en 1832. En todas ha arriesgado su vida con ese abandono é indiferencia que impone hasta al hierro y al fuego. Mirad, y si lo dudais, preguntádselo á Sturler que aprueba con la cabeza á cada palabra que pronuncio. No es verdad, Sturler, que todo lo que digo acerca el conde es verdad?

STURLER. Si ciertamente, señor consejero. Apruebo efectivamente todo lo que decis, porque no decis ni una cuarta parte de lo que el conde Herman merece que se diga de él. (*A un criado que entra.*) Y bien, ha dado el señor Karl con lo que deseaba?

JORGE. Toma todo el pabellon.

STURLER. Y le basta?

JORGE. A lo que parece... Solo que ha olvidado encargarnos el desayuno del señor conde; pero confia en vuestra actividad para reparar este olvido.

ELIM. (*Acercándose.*) Un desayuno! Pues no hay aquí uno preparado; señor Sturler?

STURLER. Ya, pero es el vuestro, señores.

ELIM. Podemos proponer al conde que se sirva acompañarnos... Algunas veces le habrá sucedido en sus viajes comer en mucha peor compañía.

DE FALK. Apoyo la proposicion.

VALTER. Y yo me encargo de presentarla.

AMADEO. Bravo!

STURLER. Y que no podía venir en mejor ocasion, pues se me figura que veo asomar por allí al señor conde.

VALTER. Pronto pues, Jorge, pronto; dos cubiertos mas, uno para el tio y otro para el sobrino.

STURLER. Has oido?... Yo corro á abrazar á mi hijo.

#### ESCENA IV.

DICHOS, EL CONDE HERMAN, FRITZ.

HERMAN. Ahí le tencis, abrazad á vuestro



hijo, Sturler. Ya veis como sano y salvo os le devuelvo.

STURLER. (*Abriendo los brazos.*) Permitis, señor conde?

HERMAN. Si permito que un hijo abraze á un padre que en tres años no ha visto... Creo que seria enojár á Dios el decir no. Vamos, Fritz (*Empuja al joven.*) vamos, menos respeto y mas alma.

STURLER. Hijo mio! mi querido Fritz! mi muy querido hijo!

FRTZ. Padre mio, me considero feliz al volveros á ver.

HERMAN. He ahí una hermosa frase... y nada hay que decir. Los ángeles, Fritz, preferirian una pobre lágrima por pequeña que fuese... pero, nadie puede dar mas que lo que tiene... Yo, Sturler, te doy á tu hijo... A menos de ocurrir algo extraordinario, mi querido Fritz, os dejo libre todo el dia.

STURLER. Gracias, señor conde... Ven, mi querido Fritz, ven á contarme todo lo que te ha sucedido de tres años á esta parte. Sabes que no he recibido mas que dos cartas tuyas, una del Havre y otra de Rio Janeiro?... (*Salen hablando.*)

## ESCENA V.

DICHOS, menos STURLER Y FRITZ.

HERMAN. (*Siguiéndoles con la vista.*) Nada mas justo. Es preciso que las cosas sean así: la naturaleza mira hácia adelante. Despues de todo, acaso será á su vez y algun dia un buen padre. (*Vuélvese y ve á los tres convidados teniendo cada uno un vaso de vino del Rhin en la mano. Valter, el mas inmediato al conde, tiene dos.*) Dispensadme, señores, me habia distraido con la alegría de nuestro huésped. Os suplico que me dispenseis.

VALTER. (*Presentando su vaso á Herman.*) Señor conde, os negareis á acompañarnos en nuestro brindis?

HERMAN. Y qué brindis es, señores?

VALTER. Oidle: Al feliz regreso del conde Herman á su pais natal! Á los muchos y bellos dias que debe prometer la patria á uno de sus mas nobles hijos!

HERMAN. Mucha descortesia seria por mi parte el no acojer ese brindis con el mas cordial reconocimiento... Gracias, pues, señores, y que Dios os devuelva en felicidades derramadas so-

bre vosotros y los vuestros el deseo de dicha que para mi pedis. (*Beben.*) Y ahora, puedo saber lo que me ha merecido de vuestra parte una tan amable recepcion?

VALTER. Conde, jamás nos hemos visto, creo; pero por poco familiarizado que esteis con la historia de vuestros antepasados, tan gloriosamente mezclada á la de la vieja Alemania, mi nombre no debe seros del todo desconocido... Me llamo Valter de Thorkill.

HERMAN. Teneis razon, caballero, y nuestro conocimiento es tanto mas respetable cuanto data de 1337.

ELIM. Eso mismo nos habeis dicho hace poco, Thorkill; pero no nos habeis contado en que ocasion tuvo lugar ese conocimiento.

HERMAN. En pocas palabras os contaré la historia, señores. Uno de mis antepasados, Herman Teodorico de Schawembourg, conspiró contra el emperador Carlos IV y arrastró en su conspiracion á tres aventureros compañeros como él. Los cuatro fueron cojidos y condenados á ser decapitados... Era su derecho; no solo eran gente de espada, sino de antigua nobleza. El emperador quiso asistir al suplicio... Era para hacerles honor? ó era para asegurarse de que realmente se les ejecutaba?... La crónica no lo dice. Lo cierto es, señores, que esa presencia, produjo un resultado imprevisto. Arrodillado estaba ya Herman de Schawembourg aguardando el golpe mortal, cuando, al reparar en el emperador, hizo seña de que tenia algo que pedir. —Habla, dijole el emperador. «—Cesar, dignate concederme una gracia, exclamó Herman. — Si, mientras que no sea la tuya. — Permite que sea decapitado el primero. — Lo permito, respondió el emperador. — Permite que mis compañeros sean alineados á tres pasos uno de otro: el primero á tres pasos de mi, el segundo á seis, el tercero á nueve. — Lo permito. — Permite en fin que ni mis pies ni mis manos no esten atados durante la ejecucion. — Lo permito tambien, pero á donde quieres ir á parar? — A esto, magnífico César, dijo Herman: si, cortada la cabeza, me levanto y voy á tocar con el dedo al primero de mis cómplices, le haces gracia? — Sí. — Si del primero voy al segundo y le toco con el dedo, le haces gracia tambien? — Si. — En fin, si del segundo voy al tercero y le toco tambien con el dedo, le haces gracia así mismo? — Sí. — Tengo tu palabra imperial? — A fé de César. — Bien está.» En-



tonces, á una seña del emperador, el verdugo desató los pies y las manos del condenado. Herman se arrodilló en seguida: á continuación, de un corto rezo: « Dios sea conmigo, exclamó; hiere! » Acababa apenas de pronunciar esta palabra, cuando la cuchilla del ejecutor vibró en el aire y fué á hacer saltar su cabeza. En el mismo instante, atended esto, señores, en el mismo instante el conde Herman se levanta, y, cuerpo sin cabeza, va á tocar con el dedo uno tras de otro á sus tres compañeros: en seguida permaneció en pié, como si agnardase que el emperador le cumpliera su palabra. «— Lo he prometido, conde Herman, dijo el emperador, les perdono. » Y entonces fué solamente cuando el conde Herman cayó. De ahí dimana el hombre sin cabeza que llevamos en nuestras armas... Tradiciones, crónicas, fábulas, direis... No importa, señores, eran hombres gigantescos aquellos sobre quienes se hacían semejantes relaciones, mientras que nosotros... Oh! nosotros! miedo le tengo que á los ojos de la posteridad no seamos mas que miserables enanos... Vuestra mano, baron de Thorkill.

DE FALK. No hareis el mismo honor á un hombre cuyas relaciones con vos datan sencillamente de 1817?

HERMAN (*Mirándole.*) Ah! sois vos, mi querido de Falk! (*Abrazando al consejero.*) Permitid, señores, somos dos antiguos compañeros de Universidad, dos estudiantes de Heidelberg. Mas de una vez hemos manejado el uno contra el otro la espada. He ahí una cicatriz que le proviene de mí, y en mi brazo hay un rasguño que me viene de él. Me felicito por haberos encontrado, mi querido de Falk. No os diré de presentarme á esos señores que me conocen ya, pero os suplicaré que os dignéis presentarme esos señores que no conozco aun.

DE FALK. El príncipe Elim, el señor vizconde de Hornoy.

HERMAN. Príncipe, creo haberme cabido el honor de conocer á vuestro padre en Varsovia. Mandaba un regimiento de la guardia.

ELIM. Verdad es, caballero.

HERMAN. Vizconde, me atreveré á pedir os vuestra amistad para mi sobrino que es, no un estudiante de Heidelberg, sino un discípulo del colegio de Henrique IV.

ELIM. Conozco ya, señor conde. Aquí está y por él hemos

sabido vuestro regreso.

DE FALK. Y ese principio de conocimiento será completo, mi querido conde, si aceptais para vos y para él, lugar en nuestra mesa y parte en nuestro desayuno.

HERMAN. Con mucho gusto, mi querido de Falk: quien sabe si luego volveremos á estar otros veinte años sin vernos... La postrera vez que nos vimos, la recordais, mi querido consejero?... fué en una verde pradera, al pié de un cadalso sangriento.

AMADEO. Al pié de un cadalso?

HERMAN. Era el 24 Mayo de 1820. Se ejecutaba á Sand, al pobre Sand! Habia visto á Kotzebue mayor de lo que era, y le había asesinado... Allí estábamos todos, vos, de Falk, Grudner, Hammerstein, otros dos mil tambien... Cuando la cabeza cayó rodando, todos gritamos: Pobre mártir! y nos precipitamos en seguida á mojar nuestros pañuelos en la sangre fraternal, vociferando al mismo tiempo: — Mueran los tiranos de Alemania! viva la libertad del mundo!... Era guerra declarada á todos los príncipes, á todos los reyes, á todos los emperadores!... Qué habeis luego llegado á ser, vos mi querido de Falk? Sois, creo, consejero del gran duque de Bade... Que ha sido de Grudner? Le he encontrado en Paris, embajador del rey de Prusia, me parece. Que se ha hecho Hammerstein? He leído no se donde que era ministro del Emperador... Qué soy yo mismo, y que es esa cinta que brilla en mi ojal?... Pobre Sand! pobre mártir! pobre loco! Morid luego por un pueblo ó sacrificaos á una idea! Veinte años despues de vuestra muerte, no queda ni uno solo de los dos mil pañuelos que se mojaron en vuestra sangre... ó si quedan algunos, sirven, solo, vueltos ya á su estado de primitiva blancura, para quitar del calzado de los cortesanos el polvo de las antecámaras. Pero, en cambio, quedan consejeros aulicos, embajadores, ministros... Los ministros, los embajadores, los consejeros aulicos son eternos. (*Al mozo.*) Amigo, hacedme el gusto de avisar al señor Karl de Florscheim que le aguardamos para el desayuno.

JORGE. Precisamente buscando le estaba, señor conde.

HERMAN. Le buscabais?

JORGE. Dos oficiales bávaros desean hablarle... He ahí sus tarjetas.

HERMAN. Dadme. (*Mira las tarjetas.*) Suplicad al baron que baje en seguida. Sin duda



le encontrareis en la habitacion que ha tomado. (*El criado sale.*) Nuevamente os suplico dispensarnos, señores; acabamos de llegar y las mil cosas correspondientes á un regreso nos ponen en retardo.

## ESCENA VI.

DICHOS, KARL.

KARL. Preguntabais por mí, tío?

HERMAN. Si, primero para presentarte á esos señores, que tienen á bien partir su desayuno con nosotros.

KARL. (*Saludando.*) Señores...

HERMAN. En seguida, para entregarte estas dos tarjetas. (*Le observa.*) Son las de dos oficiales bávaros.

KARL. Están ahí?

HERMAN. (*Mirándole siempre.*) Sí, te aguardan.

KARL. Está bien; gracias. Ya sé para lo que han venido.

HERMAN. (*Deteniéndole.*) Supongo que no será un lance...

KARL. Segun y conforme. Os lo diré luego... No puedo ni debo hacerles esperar. Señores, estoy de vuelta al instante.

## ESCENA VII.

DICHOS menos KARL.

(*Se han sentado á la mesa.*)

DE FALK. Y ahora, mi querido conde, decidnos, son fundados nuestros temores? Asegúrase que no es cabal vuestra salud desde cierta herida recibida.

HERMAN. Sí, en efecto, asegúrase así.

DE FALK. Como que así se asegura?

HERMAN. Nada hay tan fastidioso como el tener que ocuparse uno de su salud. Yo, he dado mi dimision de enfermo. Así es que es cosa que no me atañe.

AMADEO. Pues á quien le atañe?

HERMAN. A quien? á mi médico, al doctor Fritz Sturler, el hijo de nuestro huésped. Me fué recomendado como un médico muy hábil, solo que no tenia enfermos, y le hice superintendente de mi salud con doce mil libras de renta durante mi vida, y seis mil despues de mi muerte. Su interés consiste en que yo viva y por lo mismo me cuida á las mil maravillas

Oh! no creais que sea una prebenda su empleo, no por cierto, demasiado que hacer lo doy.

VALTER. En efecto, señor conde, de Fallos decia que sois de un carácter muy aventurero... corriendo tras del peligro como corria cualquier otro tras de la fortuna ó tras de placer.

HERMAN. Os contestaré, mi querido señor Valter, lo que Shakespeare hace contestar á César: El peligro y yo somos dos leones nacidos el mismo dia; solo que yo soy el mayor. Oh! podeis creerme, señores, no hay gran mérito en ser valiente, cuando se está casi solo en el mundo, cuando se han agotado los honores que da un gran nombre, los placeres que proporciona una gran fortuna, cuando se ha dejado de la sociedad lo que tiene de malo; cuando se ha escogido lo bueno; cuando, dando casi la vuelta al mundo, se ha encontrado un diez veces cara á cara con la muerte en el combate, con Dios en la tempestad. No sé cuando ni donde ni en qué estado moriré, pero, os lo digo, si á la hora de mi muerte Karl, mi único pariente y mi solo cariño, es allí para estrecharme la mano, pasará de este mundo al otro sin una lágrima, sin un peso sin un suspiro, sin pedir á ese Dios que me llamará, un dia, una hora, un segundo más allá del presijado.

ELIM. Pero vos sois jóven aun, conde.

DE FALK. Treinta y ocho años todo lo más.

HERMAN. Cierto, però ya lo sabeis, la existencia no se mide por los dias pasados, sino por las emociones experimentadas. Rafael y Berni, muertos á treinta y ocho años, vivieron mas que un anciano que se duerma en una tumba centenaria; á la hora extrema, son los recuerdos los que miden el tiempo, y yo, buenos ó malos, he amontonado buena porcion de ellos.

VALTER. Esa misma herida que causa vuestra dolencia, será seguramente uno de esos recuerdos.

HERMAN. Sí, y aun de los mas terribles. Fui en Montevideo... Habia tomado por querida una de esas criaturas de sangre mezclada, una de esas descendientes de los portugueses y de los antiguos dueños de la costa, una de esas hijas del pais, como dicen allí... Llamábase Juana... Encontréla una noche pálida y temblorosa; dióme por motivo de su palabra de los zadores de los César. — Bien está. » En-



habia regresado á Montevideo y que este regreso la hacia temer por ella y por mí. Me sonreí y procuré, aunque inútilmente, tranquilizarla. Tenia por adorno largos cabellos negros... un negro de ébano... junto á los cuales todos los otros cabellos parecian castaños... cabellos en fin que le llegaban hasta tierra. Insistió para que se los cortase y me los llevase conmigo... me negué. Separéme de ella á media noche. Un hombre estaba emboscado en el ángulo de la casa vecina á la suya y me siguió hasta mi posada, pero silenciosamente, sin insultos, sin provocaciones... Al dia siguiente, se me despertó muy de mañana para decirme que un gefe de los cazadores pasaba y volvia á pasar á caballo por ante el umbral de mi puerta, y que una parte de la poblacion de Montevideo se habia juntado bajo mis ventanas. Me vestí y me asomé. El gefe, vestido con su mas hermoso traje de guerra, montado en un caballo salvaje adiestrado por él mismo, pasaba y volvia á pasar efectivamente por delante de mi casa, pero, en lugar de las ondulantes crines de su cola, el caballo arrastraba por el polvo de la calle una magnífica cabellera de mujer con esta inscripcion: «Estos son los cabellos de Juana.» No llevaba mas armas que un cuchillo de monte pasado á su cinto. Tomé un cuchillo igual y una pistola, hice de un balazo la cabeza del caballo, y arrojando lejos de mí la pistola, empuñé mi cuchillo diciendo: «Y ahora, al amo.» Desembarazóse este de sus estribos, acercóseme, se apoyó en el mio su pié izquierdo... y entonces... entonces, señores, empezó un combate de la vista del cual, escepto los combatientes quizá, todo el mundo palideció y tembló! Las hojas que brillaban al sol, desaparecieron en un mismo tiempo... solamente la hoja de su cuchillo no me habia atravesado mas que el pulmon, mientras que la mia le habia atravesado el corazon. Así es que él cayó muerto en el acto, mientras que yo no moriré mas que á un tiempo dado... Fritz podrá decirlo... es asunto de cronología... Extraña os parece esta relacion, no es verdad? Aventuras semejantes existen un poco de las costumbres de nosotros, hombres del Norte... Pero qué queréis, señores, fuerza es ahullar con los lobos y luchar con los leones (*A Karl que entra y que le toca en el hombro.*) Qué quieres, mi querido Karl?

## ESCENA VIII.

DICHOS. KARL.

KARL. Dos palabras, tio.

HERMAN. (*Levantándose*) Me permitís, señores?

DE FALK. Con tanta mas razon, mi querido conde, cuanto que el príncipe y yo nos vemos obligados á dejaros por tener audiencia del gran duque á una hora fija.

HERMAN. Adios pues, querido amigo. (*Al príncipe que le devuelve el saludo*) Príncipe..... (*Los dos personajes que deben salir, se alejan acompañados de los otros dos, hablan juntos unos breves momentos en la puerta, y acaban por salir*). Que hay, Karl?

KARL. Una cosa que no debe inquietaros por ningun estilo.

HERMAN. Lance?

KARL. Sí. Al adelantarme para prepararos habitacion, he atravesado el paseo, precisamente en el instante en que dos mujeres, jóvenes la una y de edad avanzada la otra, se dirigian á su coche que les esperaba al extremo del pasco. Una especie de estudiante medio beodo, segun me ha parecido, seguia las dos damas insistiendo porque aceptara el brazo la mas joven. Puedo haberme engañado, pero me ha parecido que la que se veia acosada por semejante persecucion, levantaba los ojos hácia mi como implorando mi auxilio. Invocado ó no, lo cierto es que dirijo mi caballo hácia el insolente y para llamar mas su atencion, le he tocado en el hombro con el extremo de mi látigo.

HERMAN. Mal hecho, Karl... Quien toca, hiera.

KARL. Por lo mismo se ha creido ofendido. No se lo he negado, y le he dado mi tarjeta para que supiera quien yo era y me enviara sus testigos. Estos han venido ya, son los oficiales que preguntaban por mi.

HERMAN. Y que han decidido?

KARL. Que nos batiríamos á veinte pasos, cada uno con sus armas, ó que yo le pediria perdon. Perdon! ya comprendereis que ni les he dejado concluir: he aceptado las condiciones propuestas.

HERMAN. (*Con voz que se altera á medida que habla*). Y cuando ha de tener lugar el combate?

KARL. Ya os hareis cargo que lo mas pronto posible, sin embargo de estar severamente



prohibido el duelo en los estados del gran duque.

HERMAN. Aguardan ahí fuera esos señores?

KARL. No; han ido á esperarme detras de las tapias del parque, donde debo ir á reunirme con ellos.

HERMAN. Bien está. Dile á mi ayuda de cámara que te dé las pistolas de culata de marfil... son las mejores que posco. Tirabas con seguridad con ellas?

KARL. Yo lo creo.

HERMAN. Hace mucho tiempo que no te has ejercitado?

KARL. Durante la travesia, he tirado á algunos pájaros fatigados que venian á posarse en los palos de nuestro buque.

HERMAN. Y estas satisfecho de ti?

KARL. Me hallaba con bastante firmeza en la mano.

HERMAN. Y testigos?

KARL. No tengo.

HERMAN. Ya me ofreceria yo, pero siendo demasiado cercano pariente tuyo, podria tu adversario recusarme.

KARL. (*Indicando á Valter y Amadeo*). Si esos señores quisieran prestarme ese servicio.

HERMAN. Pídeselo, vé, yo diré entre tanto dos palabras á Fritz.

## ESCENA IX.

LOS MISMOS, KARL, VALTER y AMADEO en el fondo, HERMAN y FRITZ en el proscenio.

HERMAN. Acércate Fritz, acércate.

FRITZ. Qué me acaban de decir, señor conde? Una discusion, una querella?

HERMAN. Silencio... que quede entre nosotros... Gracias por haber venido. Si, una querella en la cual, á Dios gracias, la culpa es del adversario de Karl... Una jóven insultada de quien ha tomado la defensa... Él te lo contará. Acompañaite al campo, Fritz, y no le abandones un segúndo. Karl es mi único pariente y ya sabes como le quiero... Es mas que un sobrino para mí, es mi hijo.

KARL. (*Acercándose*). Esos señores aceptan conde.

HERMAN. Gracias, señores, gracias, en mi nombre y en el de mi sobrino.

VALTER No faltaba mas.

KARL. Voy á buscar las armas. No hago mas que subir y bajar; aguardadme.

HERMAN. Me lo devolvereis sano y salvo, Fritz?

FRITZ. Nadie puede responder de la direccion que toma una bala, señor conde.

HERMAN. Verdad es. Lógico como un médico!

FRITZ. Pero de lo que puedo responderos, es que, en caso de desgracia, todo lo que pueda hacer la ciencia lo haré.

HERMAN. Mucho es... es todo lo que podia pedirte, Fritz. Pero ya comprendes que suceda lo que quiera, deséo ser advertido en el acto... sin rodeos, sin engaños... la verdad!

FRITZ. Descuidad... Pero, qué teneis?

HERMAN. Yo?... nada!

FRITZ. Ya lo sabeis, señor conde, esas emociones os son fatales.

HERMAN. No lo creais, ni estoy siquiera conmovido.

FRITZ. Si escupís sangre, echad unas gotas de limon en un vaso de agua, y bebed.

HERMAN. Gracias, Fritz. Nada de todo esto le digas á tu padre, y envíamele, quiero hablar con él. (*Fritz sale*) Oye, Karl. Haria muy bien en armar y desarmar varias veces las pistolas para acostumar tu dedo al gatillo. Abotónate tu paletó; que no vean tu chaleco blanco; mete el cuello de tu camisa en tu corbata; borra en fin todos los puntos que pudieran servir de punteria á tu adversario. Bien, esto es... Y ahora, sé valiente y tranquilo como el hombre que tiene el buen derecho en su favor... Abrazame, Karl, y que Dios te guarde. Señores, os lo recomiendo, participo igual para él y para su adversario de las ventajas del terreno y de las desventajas del sol. ni mas ni menos... id, señores, id! (*Vanse*)

## ESCENA X.

HERMAN solo.

HERMAN. Pobre destino humano, ahí tienes de lo que dependes. He ahí á un hombre que quien ha empleado veinte y cinco años la naturaleza para formar el lado material... quince la educacion para formar el lado inteligente... naturaleza y educacion acaban por fin de completar su obra... va ese hombre á ocupar lugar entre los otros hombres... va á ser esposo... á ser padre... va á transmitir á sus descendientes el nombre, la vida, la fortuna que ha recibido de sus abuelos... pasa ese hombre por



una plaza pública, encuentra á un estudiante beodo que insulta á una mujer... toma la defensa de esa mujer... y he ahí la existencia de ese hombre que depende... de qué?... no de su inteligencia, no de su virtud, no de su valor... sino de la mayor ó menor firmeza de la mano, de la mayor ó menor puntería del ojo de su adversario. Oh! Dios, Dios mio, perdonad al que dijere que vuestra providencia se hermana á veces con la casualidad!

## ESCENA XI.

HERMAN, STURLER.

(*Oyese ruido de voces y el retintín del oro en una pieza vecina.*)

HERMAN. Ah! sois vos, señor Sturler?... Que ruido es ese?

STURLER. La hora del juego que llega... Los jugadores que se reúnen en esta pieza inmediata.

HERMAN. La vida, juego eterno, ruleta sin fin en torno de la cual se suceden las generaciones... donde los unos juegan su honor, los otros su oro, y los otros en fin su existencia... parece increíble lo supersticioso que á uno le vuelve el temor... Que idea extraña y porque se presenta á mi mente?... Veamos (*Saca cuatro billetes de mil francos de su cartera.*) Sturler!

STURLER. Señor conde.

HERMAN. (*Muy agitado.*) Poned esos cuatro mil francos en la roja, amigo mio.

STURLER. Como! vos jugáis, señor conde, los que no jugabais nunca?

HERMAN. Es verdad, ... pero de algun tiempo á esta parte... que quereis... Haced lo que os he dicho, amigo mio.

(*Sturler entra un momento en la habitación de la derecha y sale en seguida.*)

STURLER. Ya está.

HERMAN. Y bien, mi querido Sturler, estais contento? sois dichoso?

STURLER. Sí, sí, muy dichoso, señor conde. Fritz me ha dicho que erais tan bueno para él.

HERMAN. Es un sabio médico... Hará su fortuna... Pero hay en este mundo algo mas que fortuna... Vamos á ver, Sturler, no estaba hijo enamorado... enamorado de una jóven?

STURLER. Si señor, en efecto... un ángel de bondad y de dulzura!... La señorita Maria de Stauffenbach.

HERMAN. Stauffenbach?... Maria?... Maria de Stauffenbach, dices? Toma! pues es un antiguo nombre! No tenia un hermano?

STURLER. Si señor... un baron Frantz de Stauffenbach... él es quien hace al matrimonio... un camarada de Fritz.

UNA VOZ. (*Dentro.*) Veinte y nueve, roja, impar y pasa.

HERMAN. Qué... qué ha dicho?

STURLER. Roja. Habeis ganado.

HERMAN. He ganado? Vamos, pobre corazón: Dios te envia la esperanza. Dejad los ocho mil francos en la roja, Sturler. (*Sturler da algunos pasos. La voz del conde le detiene.*) No, seria tentar á Dios... Apuntad el zero.

STURLER. Dejaré los ocho mil francos.

HERMAN. Sí, los ocho mil.

(*Sturler entra en la sala de juego.*)

HERMAN. Tendré treinta y cinco números contra mí. Si pierdo no será nada, mientras que si gano...

STURLER. (*Saliendo.*) Que agitado estais, señor conde!

HERMAN. Es el juego! el juego!... (*Procurando disimular su agitacion cada vez mas visible.*) Decia pues que es una alianza muy honrosa, Sturler, muy honrosa!

STURLER. Honrosa! honrosa!... mucho hay que decir... El hermano es un jóven sin conducta, lleno de vicios, que se arruina en el juego, y que, en este instante mismo, está quizá jugando sus últimos luises.

HERMAN. Está allí?

STURLER. Sí, mirad, es aquel jóven en traje de caza.

HERMAN. Y la novia de Fritz, donde está?... donde habita?

STURLER. Imaginaos que estaba aquí, señor conde, diez minutos antes de la llegada de Fritz... Habia venido con su hermano y su nodriza. Un cuarto de hora mas pronto, Fritz la encontraba. Hubiera sido de buen agüero no es verdad?

HERMAN. Vos creeis pues en los agüeros, Sturler? No es verdad que creeis?... Oh! la ruleta! la ruleta!

LA VOZ DEL BANQUERO. (*Dentro.*) Zero!

HERMAN. El zero gana.

STURLER. Que diablo, señor conde! Vais á hacer saltar la banca... treinta y seis veces ocho mil francos!

HERMAN. Basta, basta! (*Entra en la sala de juego y comparece en seguida con una bandeja*



*llena de oro y de billetes de banco.*) Sturler, amigo mio, id á llevar ese oro y esos billetes al cura inmediato. Oro y billetes, todo es para los pobres. En cuanto al cura, decidle que se ponga á rezar por un hombre que corre un gran peligro en este instante. Id. mi buen Sturler. id!

## ESCENA XII.

DICHOS, FRANTZ.

FRANTZ. (*Entrando pálido y agitado.*) Una palabra, caballero. Aguardad, Sturler. Os he oido decir que esa suma estaba destinada á una buena obra?

HERMAN. Si señor.

FRANTZ. Podeis separar diez mil francos?

HERMAN. Con que objeto?

FRANTZ. Yo jugaba sobre la negra mientras que vos sobre la roja. Por consiguiente, yo he perdido mientras que vos habeis ganado. Soy noble, caballero; soy el baron de Stauffenbach. Os pido prestados diez mil francos de vuestra ganancia; y en garantía, comprometo mi castillo.

HERMAN. Señor Frantz de Stauffenbach, ese dinero pertenece á los pobres... me es, pues imposible separar ni la parte mas ínfima; pero esta cartera es mia... En lugar de los diez mil francos que me pedís, contiene veinte mil por los cuales acepto por hipoteca vuestro castillo de Stauffenbach.

FRANTZ. Gracias, señor conde, gracias. No en vano se me habia dicho que crais un verdadero y cumplido caballero.

(*Recoje la cartera y entra en la sala de juego.*)

## ESCENA XIII.

DICHOS, KARL.

KARL. Tio!

HERMAN. Karl!... oh! la intencion me da la dicha... Dios juzga las intenciones de los hombres y las recompensa... Lleva ese oro donde te he dicho, Sturler, llévale! (*Sturler se va.*) Y bien, hijo mio, que ha pasado?

KARL. Poca cosa, tio. Hemos tirado el uno contra el otro al mismo tiempo... El me ha herido, yo le he herido. pero no se donde... Le he visto vacilar... caer... he pensado en vos, mi querido tio, y he corrido aquí dejándole encargado á Fritz.

HERMAN. Gracias, mi querido Karl, gracias hijo mio. Ahora es preciso pensar en huir... es indispensable!

KARL. Dios mio!... que teneis?... os pone pálido?

HERMAN. Nada, Karl... Dame un vaso de agua y la mitad de aquel limon. (*Lleva su pañuelo á su boca y permanece débil un instante.*)

KARL. Ah! infeliz! yo soy la causa. Bebed, bebed, querido tio.

HERMAN. No es nada... Bah! la alegría no hace daño. (*Bebe.*) Gracias, todo va bien. Decidme pues que no hay un instante que perder. El duelo está severamente prohibido en los Estados del gran duque... no te espongas á que te prendan; parte para mi castillo de Schwembourg. Antes de una hora puedes haber atravesado la frontera y esta noche estarás al...

KARL. Gracias! gracias!

HERMAN. A propósito... Donde estan tus tigos?

KARL. En la casa de postas disponiendo que se nos faciliten caballos. Hemos convenido que me uniría á ellos en el camino de Wildb...

HERMAN. Invítales á acompañarte al castillo. Me parece que no puedes hacer menos que ofrecerles la hospitalidad.

KARL. Y vos, tio?

HERMAN. Oh! pierde cuidado, no tardaré en ir á reunirme con vosotros. Anda, toma el dinero... no olvides tu pasaporte, hazte acompañar por Blum... te le doy.

KARL. Pero y vos?

HERMAN. Yo, aguardo á Sturler. Quiero saber si es grave la herida de tu adversario. Mi amigo mio, vé.

KARL. Adios pues, querido tio.

HERMAN Adios!

## ESCENA XIV.

HERMAN, en seguida FRANTZ, á poco FRITZ

HERMAN. (*Dejándose caer en una silla.*) Mi pobre máquina humana á la cual tanto da la alegría como el dolor... Ah! mi pobre Karl, á quien pues podré yo hacer ahora un servicio, para dar gracias á Dios?

FRANTZ. (*Entrando.*) Señor conde, tengo ya una hipoteca de veinte mil libras sobre el castillo; os gustaria comprármela enteramente? Seria un hermoso dote que dar á Fritz, vuestro médico y mi futuro cuñado.



HERMAN. En cuanto deseais vender Stauffenbach, caballero?

FRANTZ. En cien mil libras.

HERMAN. Sentaos ahí, señor baron, y hacédme vuestro recibo.

(Herman se sienta á un lado de la mesa, Frantz al otro.)

FRITZ. (En el fondo.) El conde y Frantz cada uno á un lado de la mesa, qué hacen?

HERMAN. (Leyendo.) «El señor Hekeren, mi banquero en Baden-Baden, pagará al señor Frantz de Stauffenbach la suma de ochenta mil francos.

« Conde Herman. »

FRANTZ. «Recibido del señor conde Herman de Schawembourg la suma de cien mil francos, por precio de mi castillo de Stauffenbach, que le cedo con todas sus dependencias.

» Frantz de Stauffenbach «

Gracias, conde.

HERMAN. Gracias, baron. Ah! eres tú, Fritz! Y bien! nuestro adversario?

FRITZ. Herido levemente en el hombro.

HERMAN. Tanto mejor... Fritz, partimos.

FRITZ. Partimos, conde?... Y donde vamos?

HERMAN. Vamos á visitar mi castillo de Stauffenbach.

FRITZ. (Alegre.) Ah!

HERMAN. Venis con nosotros, baron?

FRANTZ. No á fe mia; prefiero jugar. La fortuna me debe una revancha.

HERMAN. Como gustéis.

FRANTZ. Buen viaje, conde.

HERMAN. Buena suerte, baron!... Ven, Fritz.

FRITZ. (Aparte.) Aun euando hubiese sido otra mia, no me serviria mejor la casualidad.

FRANTZ. (A Fritz.) No olvidéis que solo en cambio de trescientas mil libras contantes, es como doy mi consentimiento al matrimonio de mi hermana.

FRITZ. Pierde cuidado, Frantz... Aun se procurará hacer mas de lo que se ha prometido.

HERMAN. (Desde el tonao.) Y bien, Fritz!

FRITZ. Vamos, señor conde, vamos.

## ACTO SEGUNDO.

*Una sala en el castillo de Stauffenbach.*

### ESCENA PRIMERA.

MARIA en el fondo é hilando al torno; KARL y MARIA en el proscenio.

KARL. Me guardais rencor por haber creido que á pesar de nuestro corto conocimiento, hecho de tan singular manera, deseabais tranquilizaros sobre las consecuencias de este asunto?

MARIA. No, caballero, y os quedo reconocida por haberos tomado en persona la molestia de venir á tranquilizarme. Pero ese billete que habeis recibido y que pretendeis haberos servido de guia, no llevaba sin embargo ni mi nombre ni mi firma.

KARL. Verdad es; daba fé solamente de un interés de que estoy orgulloso, y que me sirve de excusa para presentarme ante vos.

MARIA. Natural era me parece que mi interés fuera para mi defensor. Pero como ha sabido mi defensor mi nombre y mi morada? He

ahí lo que pregunto y deseo saber.

KARL. Y he ahí lo que se guardará bien de deciros.

MARIA. Por qué?

KARL. Cuando le es dado á un hombre aparecer en la vida de una mujer para hacerle un ligero servicio; cuando esa mujer es pura, jóven y bella como Maria de Stauffenbach, la recompensa de ese hombre es la de dejar en esa existencia que roza, un surco de luz parecido al que traza una estrella deslizándose por el cielo en una sombría y serena noche de verano. El recuerdo del que pasa es tanto mas duradero, cuanto que ha sido mas misterioso y será mas rápido. No hay gentes á quienes se olvide mas pronto que aquellos á quienes se conoce demasiado; no hay hombre que sea mas indiferente que el que todos los dias se ve.

MARIA. (Levantándose.) Teoria bien estraña ó inexplicable es esta, caballero, permitid que os lo diga.



KARL. Estraña, quizá; incomprendible. no... Adios, Maria. Vuestro porvenir ha sido decretado de antemano por el Señor. Sois desposada... Maria no pertenece ya á Maria. Pertenece á Fritz Sturler. Adios, pues. El que sin saber quien erais ha tomado vuestra defensa, el que ha arriesgado su vida para vengar el rubor que por un instante ha invadido vuestra frente virginal, el que no ha querido emprender el camino del destierro sin decirnos: «Paso por vuestro lado» este. Maria, se llama Karl de Florsheim. He ahí probablemente todo lo que de él sabreis jamás. Adios, Maria.

## ESCENA II.

(*Escena casi muda. Marta se ha levantado á las últimas palabras de Karl. En el momento de alejarse este, la anciana se acerca á Maria, inmóvil. Maria lleva la mano á su frente exhala un suspiro, va lentamente á una ventana cuyo cortinaje levanta; en seguida, despues de haber mirado como se aleja Karl, sube la escalera que á su habitacion conduce repitiendo: KARL DE FLORSHEIM!*)

MARTA sola.

Pero qué es lo que tiene esa querida niña? Nunca la he visto así. (*Dirijese á la ventana y levanta la misma colgadura levantada por Maria.*) Ah! sí... he ahí al jóven que se aleja con dos compañeros... Calla! y saluda agitando su pañuelo... Á quien saludará?... Ah! sin duda Maria está en el balcón de su aposento. Valiente jóven, que ha arriesgado su vida por nosotros... sin ni siquiera conocernos! Á fé mia, bien merece que se le siga un poco con la vista, cuando se va para quizá no volver mas. Bien hubiera querido oír lo que decia á Maria... pero desgraciadamente mi oído se va haciendo algo duro.

## ESCENA III.

MARTA, VILDMAN.

VILDMAN. (*Entrando: traje de guardabosque: escopeta terciada.*) Eso va mal, eso va mal; eso va mal!...

MARTA. Ah! eres tú, Vildman? y en que va eso mal, amigo mio?

VILDMAN. Eso va mal, abuela, porque to-

dicos los años, á la misma época, llega la estacion de las aguas; y cuando la estacion de las aguas llega, el señor Frantz parte para Bade y así que se halla en Bade, el señor Frantz juega; y cuando el señor Frantz juega pierde, y cuando el señor Frantz pierde...

MARTA. Y bien!

VILDMAN. Y bien! al llegar este caso se ciega... y vende el dominio dia por dia, pieza por pieza, pedazo por pedazo. Ayer le tocó al bosque, anteayer al soto, el otro á los estanques. Un dominio tan hermoso! donde mi padre nació, donde mi padre ha muerto, donde he nacido yo y donde esperaba morir... Verle así marcharse pedazo á pedazo, como un pobre ciervo desenartizado y del que no queda mas que el esqueleto... Y aun me estoy viendo venir que el castillo, que es el esqueleto del dominio, siga á los demas fragmentos y sea vendido el primer dia.

(*Entra Fritz y escucha.*)

MARTA. Vildman!

VILDMAN. Toma! Bien ha vendido á su hermana, que es una criatura de carne y huesos, hecha por el mismo Dios en persona bien puede pues vender un viejo castillo, compuesto de piedra y madera, del cual ni si quiera se conoce el arquitecto.

MARTA. Ay! desgraciadamente hay bastante verdad en lo que estás diciendo, mi pobre Vildman.

VILDMAN. Es acaso un marido digno para una Stauffenbach, cuyos antepasados eran de la cruzada, cuyo abuelo era vicario del imperio, y el padre mayor general, un estudiantillo hijo de un director de baños, un Fritz Starles? en fin?..

## ESCENA IV.

DICHOS, FRITZ, poco despues HERMAN.

FRITZ. Tienes razon, Vildman; solo que cuando tales cosas dices, debieras cerrar las puertas, no por tí, sino por aquellos de que hablas, pues pueden entrar y oír lo que acerca de ellos piensas. Afortunadamente, así lo creo á lo menos, afortunadamente la señora tiene una opinion contraria á la tuya, mi buen Vildman. (*Volviéndose.*) Venid, señor conde, queria anunciaros á la castellana de Stauffenbach; pero veo que no está; entrad, entrad.

MARTA. (*A Vildman.*) Qué has hecho, infeliz?



VILDMAN. A fé, tanto peor. Así como así, á haberme preguntado lo que de él pensaba, se lo hubiera dicho clarito. De modo que lo mismo tiene que lo haya oído.

HERMAN. (*Entrando.*) No está en el castiño la señorita Maria de Stauffenbach, amigos míos?

MARTA. Sí, por cierto, está en su habitación.

FRITZ. (*Acercando un sillón.*) Sentaos, señor conde.

MARTA. El señor está enfermo?

HERMAN. Este castiño está situado en una altura, y subiendo, me ha faltado la respiración... pero no es nada, buenas gentes. Anunciad á la señorita Maria de Stauffenbach que su novio, Fritz Sturler, acaba de llegar acompañado de uno de sus amigos.

MARTA. Voy. (*Vase.*)

FRITZ. Y tú, mi querido Vildman, corre al nanantial y tráete un par de vasos de agua ferruginosa. El agua esa es buena para el señor conde.

VILDMAN. Al instante. (*Vase.*)

## ESCENA V.

HERMAN, FRITZ.

FRITZ. Como os sentis, señor conde?

HERMAN. Perfectamente, mi querido Fritz.

FRITZ. Os lo tengo dicho mil veces, señor; si os dejais arrastrar así por las emociones, esas emociones os matarán.

HERMAN. Pero Fritz...

FRITZ. Nada, nada. Sois muy bueno, teneis muy noble corazón. Demasiado sé que si de esos días que para vivir os quedan, pudieseis hacer un ramillete de rosas, las deshojariais por el camino de la humanidad. He ahí porque quiero conservaros á los hombres, señor conde.

HERMAN. Esto es cosa tuya.

FRITZ. Lo que necesitariais, en la actualidad que habeis llegado á la cumbre que separa los dos horizontes de la vida, lo que os hace falta, no es ciertamente una existencia de viajes de aventuras que os ha conducido al estrecho en que os hallais. No, lo que os hace falta es el campo, el mar, el sol, un castiño tranquilo y solitario como este. (*Abriendo la ventana.*) Mirad que admirable paisaje! ved ese paisaje encantador que se parece á una cinta de

nieve plateada en medio de la pradera: he ahí el espejo en que debierais mirar deslizarse vuestra vida, límpida, tranquila, jaspeada de sombra y de sol como el curso de esa agua.

HERMAN. No podias darme ese consejo en mejor ocasion. Retirarme del mundo, casualmente es lo que cuento hacer: Mi castiño de Schawembourg es como este tranquilo y solitario; domina un río límpido y apacible como el que citas, y si en ello ves tú para mí la salud y la dicha, Fritz, aun puedo entonces esperar una y otra.

FRITZ. Oh! pedis demasiado, señor conde, salud y dicha á la vez. Sí, la calma, la tranquilidad, el aire puro os darán la salud, no hay duda; pero la dicha, la dicha viene de allá arriba y los ángeles son quienes la bajan á la tierra... Preguntad sino á ese que baja... No es verdad, Maria, que la dicha es una flor del cielo?

## ESCENA VI.

DICHOS, MARIA.

MARIA. Fritz, amigo, hermano mio, por fin os hallais de vuelta? (*Le dá su mano á besar, en seguida designando al conde.*) El señor conde Herman, acaso?

FRITZ. Sí. Maria, el señor conde, nuestro protector, nuestro amigo.

MARIA. Sabe el señor conde que soy vuestra desposada?

HERMAN. Todo lo sé, Maria, y hace tres años que os conozco. A menudo hemos hablado de vos. Os le traigo, ó por mejor decir, él es quien á mí me trae, porque, ya lo sabeis, le pertenezco y tiene derecho para hacer de mí lo que quiera.

FRITZ. En mis cartas, Maria, ya os he dicho las bondades del señor conde para conmigo. Dadle pues gracias por mí y por vos, como sabeis dar gracias, Maria, con el corazón.

(*Maria se acerca al conde y le dá á besar su mano.*)

HERMAN. (*Estrechándole ambas manos.*) Tierna jóven!

MARIA. Y el señor conde permanecerá algunos días con nosotros?

FRITZ. Un día ó dos, acaso mas.... Esto os toca á vos, Maria. Hacedle tomar cariño á Stauffenbach y se quedará.

(*Toma su sombrero.*)



MARIA. Salís ?

FRITZ. Voy á prevenir á Marta y á Vildman que somos sus huéspedes hoy y mañana. Os dejo solos, ya lo veis, señor conde. No vais á aprovechar esta circunstancia para decirle todo lo malo que de mí pensais. ( *Vase.* )

## ESCENA VII.

MARIA, HERMAN.

MARIA. Qué es preciso hacer para que encontreis agradable vuestra estancia en Stauffenbach, señor conde ?

HERMAN. Qué es preciso hacer, querida Maria?... Oh! permitidme llamaros así. Tengo el doble de vuestra edad, y á falta del nombre, tengo el derecho de abrigar para vos el corazón de un padre. Lo que es preciso hacer para que me sea agradable Stauffenbach, deciais ?

MARIA. Sí.

HERMAN. Es preciso primero que Stauffenbach sea de Maria y que, al recibirme Maria me reciba en su casa.

MARIA. Ah! he ahí que de buenas á primeras, á fin de reservarse un medio de abandonarnos, he ahí que el conde Herman empieza por pedirme un imposible. Stauffenbach es un feudo de familia que no recae en hembra, señor conde, Stauffenbach es de mi hermano Franz, y siento que no se halle aquí para haceros los honores.

HERMAN. Stauffenbach no es de vuestro hermano, Maria, Stauffenbach es mio.

MARIA. Cómo !

HERMAN. Vuestro hermano Franz me lo ha vendido hace dos horas.

MARIA. Vendido! Franz ha vendido el castillo de nuestros padres ?

HERMAN. Sin duda, y ha hecho bien, Maria, porque adivinaba que pasando á mis manos Stauffenbach no era mas que un depósito y se convertia naturalmente en el dote de su hermana.

MARIA. Señor conde !

HERMAN. Es una manera de pagaros mi bienvenida, Maria, y vos me lo devolvereis en rezos.

MARIA. Señor conde !

HERMAN. Y cuando Maria habrá aceptado, yo permaneceré en Stauffenbach tanto como guste, porque Maria estará en su casa y tendrá el derecho de mandar.

MARIA. Gracias, señor conde... acepto.

( *Dirijese al reclinatorio, abre una Biblia, toma una pluma y escribe algunas lineas en el márgen.* )

HERMAN. ( *Acercándose.* ) Qué haceis ?

MARIA. Señor conde, esta Biblia es la que mi padre, cuando vivia, y mi madre, despues de él, consignaban, en el instante mismo del acontecimiento, todo lo que de felicidadles enviaba el Señor. Es para mí una gran dicha, el que el castillo en que mi padre nació en que murió mi madre, no salga de la familia. Leed lo que de escribir acabo.

( *Maria se separa y el conde lee.* )

HERMAN. ( *Leyendo.* ) « Hoy 7 de Junio de 1839, el castillo de Stauffenbach, que habi salido de la familia, ha vuelto á su poder por don generoso que ha hecho el conde Herman de Schawembourg á su muy reconocido Maria.

« Prolongue Dios los dias del conde Herman! Sois una adorable niña, Maria; pero habe olvidado consignar en la misma fecha, un acontecimiento que debeis tener aun por mas dichoso.

MARIA. Cual ?

HERMAN. El regreso de vuestro novio.

MARIA. Teneis razon. ( *Escribe.* ) « El mismo dia he vuelto á ver á Fritz Sturler que me ha presentado el conde Herman. »

HERMAN. Y ahora, decidme, Maria; os sentís feliz habiendo vuelto a ver á Fritz ?

MARIA. Feliz, sí; es un amigo de infancia. Mi padre le queria mucho y le hizo educar con mi hermano.

HERMAN. Y vos le quereis ?

MARIA. Con amistad bien real y bien verdadera, sí, señor conde.

HERMAN. Reparad, Maria, que no me habeis blais mas que de amistad. Creeis la amistad un sentimiento bastante vivo para el lazo que vos á uniros ?

MARIA. Sin duda, si este sentimiento le bastara á Fritz.

HERMAN. Y sabe Fritz que vos no teneis para él mas que amistad ?

MARIA. Se lo dije á su marcha. Estoy pronta á decirselo á su regreso.

HERMAN. Y á pesar de semejante confesion se casa con vos sin temor ?

MARIA. Y qué temor quereis que esperamente Fritz ? No prestaré sobre el altar y delante de Dios juramento de ser esposa casta y amiga fiel ?



HERMAN. Y estais segura de guardar un juramento hecho sin amor?

MARIA. Estaré siempre segura de cumplir con mi deber, señor conde.

HERMAN. Aun á espensas de vuestra dièha?

MARIA. Donde estaria sin eso la virtud, señor conde?

HERMAN. Y qué, nunca habeis formado secretos votos para que se rompiera ese enlace?

Nunca la vista de otro hombre os ha hecho sentir el compromiso con Fritz?

MARIA. Ese compromiso ha sido formado con mi consentimiento, entre mi hermano y el señor Sturler. Le he ratificado. Mi hermano y el señor Sturler pueden solo deshacer lo que han enlazado.

HERMAN. Asi pues, suceda lo que quiera, á menos que vuestro novio y vuestro hermano os devuelvan la palabra dada, vos sereis la mujer de Fritz?

MARIA. Suceda lo que quiera, sí, señor conde. Pero con la ayuda de Dios, espero que no ocurrirá nada.

HERMAN. Sois un angel, Maria, y si teneis una hermana en la tierra, decidme donde está. Si un cuando estuviera al cabo del mundo, iré encontrarla.

## ESCENA VIII.

MARIA, HERMAN, FRITZ.

FRITZ. Maria, Marta os llama, os necesita.

MARIA. Voy allá. Dispensadme señor conde; esta presencia y la de Fritz en Stauffenbach, un gran acontecimiento para dos solitarias, no es de admirar que haga perder la cabeza esa pobre Marta.

(*El conde saluda. Maria se va.*)

## ESCENA IX.

HERMAN, FRITZ, VILDMAN.

*Herman sigue con los ojos á Maria hasta que desaparecido, y en seguida va lentamente á sentarse en el sillón.*

VILDMAN. (*Entrando*). Ahí teneis el agua que me pedido, señor Fritz.

(*Le trae una botella y vasos encima de la mesa.*)

FRITZ. Trae, y ve á llevar á la cocina tu cande esta mañana; la aguardan con impaciencia.

VILDMAN. (*Tomando su zurrón*). Voy, señor Fritz. (*Vase.*)

FRITZ. (*Mirando con mucha atencion á Herman sumerjido en una profunda meditacion, llena un vaso de agua y va á presentárselo al conde*) Conde, os ofrezco vuestra salud futura.

HERMAN. Fritz, mi salud futura bebe á mi dicha presente. (*Bebe.*)

FRITZ. Gracias.

HERMAN. Preciso es confesar, Fritz, que eres un afortunado bribon.

FRITZ. Os parece, señor conde?

HERMAN. Pon la mano en tu corazon, Fritz, y dime francamente: mereces una desposada semejante?

FRITZ. No me atreveré á decir que sí; pero lo que diré resueltamente, porque es la verdad, es que al hombre al cual se lo debo todo, es decir á vos, señor conde, no quisiera en mi profunda gratitud mas que desearle una semejante.

HERMAN. (*Levantándose*). Y he ahí una prueba de las influencias secretas y desconocidas sobre el destino humano. Si á tu edad, Fritz, hubiese encontrado una Maria, yo, el viajero intrépido é infatigable; yo, para quien el hogar doméstico no ha sido mas que un descanso separando el regreso de la partida; yo, que segun la espresion del poeta, he mezclado el polvo de tres mundos á las cenizas de mi hogar, á buen seguro que entonces no hubiera abandonado el castillo de Schawenbourg: el conde Herman se hubiera pasado sin el universo, y el universo sin el conde Herman. No se lo que hubiera perdido el universo, pero lo que es yo, de fijo hubiera ganado la dicha.

FRITZ. Que buscaba pues el señor conde recorriendo el universo?

HERMAN. Lo sé acaso? Pregúntale á la golondrina lo que busca cuando franquea el espacio: otro clima, otros horizontes. Aspiraba á lo desconocido, esperando sin que mi esperanza tuviera ningun objeto. Sabes una cosa estraña, Fritz!... Yo nunca he amado.

FRITZ. Porque vuestro corazon se habrá creado un ideal imposible de encontrar.

HERMAN. Si, habia soñado una mujer como Maria.

FRITZ. Una mujer como Maria hubiera hecho pues vuestra felicidad, señor conde?

HERMAN. Porque me lo preguntas?

FRITZ. Os lo pregunto.

HERMAN. No sé en que poeta árabe he leído



que la dicha había muerto el día en que había nacido el primer hombre. Lo que por ella se toma, Fritz, es su sombra. En prueba que desde entónces, la humanidad corre tras de un fantasma.

FRITZ. (*Acercándose al conde.*) Conde, muchas veces me habeis dicho que yo era un sofista, un materialista, un ateo. Sabeis lo que le pedia á Dios mientras que vos me acusabais de no creer en él? — Le pedia que me proporcionara alguna ocasión, aun cuando debiese costarme la vida, en que probaros que era capaz de un reconocimiento profundo, de una adhesión infinita. Dios me ha oído, señor conde. Para vos, la vida está en un porvenir de calma y de dicha. Maria, vos lo habeis dicho, es la perla maravillosa, es el diamante inhallable que puede daros ese porvenir. — Renuncio pues á ella, señor conde... Hacedos amar de Maria y... vuestra es.

HERMAN. (*Que ha escuchado hasta aquí sin comprender, se levanta vivamente.*) Fritz, ¿estais loco?

FRITZ. Vos me habeis dicho: Pon tu mano sobre tu corazón, Fritz, y confiesa francamente que no mereces semejante desposada! He puesto la mano sobre mi corazón, y lo confieso, soy indigno!

HERMAN. Fritz, ó te burlas, ó te propones, al hablarme así, un fin misterioso, para ti solo visible. — Oh! prefiero creerlo así; porque si las palabras que acabas de decir salieran de tu corazón sin restriccion, sin reticencia, sin segunda idea, caería de rodillas ante ti, y te gritaría perdon, tanto me asombraría mi nulidad comparada á tu grandeza. Adios, Fritz.

(*Sale precipitadamente.*)

## ESCENA X.

FRITZ, *solo.*

La ama!... ó á lo menos, si no la ama aun, la amaré antes de terminarse el día. Vamos, vamos, las cosas han marchado aun mas aprisa de lo que yo creia.

## ESCENA XI.

FRITZ, FRANTZ.

FRANTZ. (*Entrando.*) Fritz, Fritz; y bien! donde estás?

FRITZ. Ah! eres tú? Se ha cerrado el juego allí?

FRANTZ. Hasta las nueve de la noche, ya sabes.

FRITZ. Y has aprovechado los breves instantes de respiro que te da el banquero para venir á hacer una postrer visita á tu castillo?

FRANTZ. Si, á fe mia. Es increíble como quieren las cosas en el momento de separarse. Pobre Stauffenbach! — Debiera haber pedido ciento cincuenta mil libras, — el conde me lo hubiera dado lo mismo que las cien mil.

FRITZ. Y doscientas mil tambien.

FRANTZ. Crees?

FRITZ. Te respondo de ello.

FRANTZ. Decididamente soy un necio.

FRITZ. Oye, Frantz: — amas á Maria?

FRANTZ. Buena pregunta! Si amo á mi hermana?... Toma!

FRITZ. Si, como á tu castillo, para vender.

FRANTZ. Con la diferencia sin embargo, que la pongo un precio bastante elevado para que el que quiera comprarla no tenga medi-

FRITZ. Dices eso por mí?

FRANTZ. Lo digo por el novio de Maria.

FRITZ. Y crees que trescientas mil libras.

FRANTZ. Creó que trescientas mil libras es una gruesa suma para todo el mundo y en particular para el doctor Fritz Sturler. He ahí lo que creo; y como mi palabra con el susodicho doctor no está comprometida mas que para tres años, y dentro un mes espira el término del compromiso, digo que si de aquí á un mes me son contadas las trescientas mil libras.

FRITZ. Te las puedo hacer contar antes de una hora. Frantz.

FRANTZ. Entonces, tuya es Maria. Un hombre de Stauffenbach no tiene mas palabra que un

FRITZ. Si, pero yo tambien soy como Frantz amo á Maria; solo que la amo de otra manera; amo á Maria por ella sola, por su porvenir, por su dicha. Sé muy bien que no tiene las preocupaciones de raza, y que sin repugnancia hubiera consentido en ser la mujer del doctor Fritz Sturler; pero quiero hacer de ella algo mejor: quiero hacerla la mas noble, la mas rica, la mas gran dama de toda Alemania; quiero en fin convertir á Maria en condesa de Schawenbourg.

FRANTZ. Calla! pues es idea!

FRITZ. Si, es idea que hace tiempo abordo. Con este objeto he hecho renunciar al conde á sus viajes; con este objeto le he hecho



regresar á Alemania; con este objeto le he conducido aquí.

FRANTZ. Y bien!

FRTZ. Y bien! ha visto á Maria.

FRANTZ. Y?...

FRTZ. Y... la ama ya.

FRANTZ. Vive Dios, Fritz, que eres un grande hombre.

FRTZ. Puedo pues contar en tí para apoyarme?

FRANTZ. Yo lo creo.

FRTZ. Harás con tu hermana todo lo que puedas para decidirla?

FRANTZ. Todo.

FRTZ. Pues si lo logras, Frantz, te prometo trescientas mil libras hoy y un millon dentro un año.

FRANTZ. Quién me dará las trescientas mil libras?

FRTZ. El conde, pardiez!

FRANTZ. Y el millon?

FRTZ. (*Poniéndole la mano en el hombro.*) Yo, Dios, Frantz.

## ESCENA XII.

FRANTZ solo.

Él!... Bueno, me es igual. Habrá encontrado la piedra filosofal en sus viajes. (*Se sienta.*) Trescientas mil libras, es tres veces lo que me falta para probar una combinacion; y para perder, seria preciso que me faltara tres veces. lo me es imposible. (*Se levanta*) Primeramente, he notado una cosa, y es que el juego no arruina mas que á los pobres; respeta y acaricia á los ricos. Ese conde Herman que posee millones, arroja á la casualidad dos ó mas billetes mil francos en la roja y en un cuarto de hora gana... Dios sabe cuanto! Oh! cuando yo tenga mis trescientas mil libras, pobre banca!

## ESCENA XIII.

FRANTZ, MARIA.

MARIA. Qué es lo que tan interesante tienes que contarte, Frantz, que hablas así solo?... alguna combinacion de juego acaso?

FRANTZ. Sí, pero esta vez juego en grande y hago ir de compañera en la partida.

MARIA. Yo, Frantz, no juego jamás; contar con la casualidad, es ofender á Dios.

FRANTZ. Y si esta vez, en lugar de ser el mandatario de la casualidad, me presento en nombre de la Providencia?

MARIA. Es acaso la Providencia la que te ha dado el consejo de vender el castillo de nuestros padres, Frantz?

FRANTZ. Tal vez; porque se lo he vendido al conde Herman. Qué te parece el conde Herman, Maria?

MARIA. Es, creo, un noble espíritu y un noble corazón, un hombre que toda hija seria feliz de tener por padre.

FRANTZ. Y toda mujer dichosa de tener por esposo, no es verdad?

MARIA. Qué quieres decir, Frantz?

FRANTZ. Nada. Pensaba solamente que esa casualidad que hace poco despreciabas, querida Maria, hace cosas tan maravillosas, que la Providencia podria tomarlas por su cuenta.

MARIA. No te comprendo hermano mio. (*Se sienta*)

FRANTZ. Vamos á ver, no es una cosa maravillosa que el conde Herman se traiga con él, de la otra parte de los mares, á Fritz Sturler, tu desposado; que el conde Herman haya recibido en sus viajes una cuchillada de la cual hubiera ya muerto, no una sino cien veces, á no haber tenido para curarle á Esculapio en persona; que haya regresado en busca de la salud á Europa y háyase apeado en la casa de baños cuando me hallaba yo precisamente en un cuarto de hora de mala suerte; que me haya acudido entonces la idea de venderle mi castillo de Stauffenbach y á él la de comprármelo; que se haya apresurado el dia mismo de esta adquisicion á visitar esta propiedad con Fritz Sturler; que en esta propiedad haya encontrado á Maria; que á la vista Maria haya reparado una cosa y es que nunca ha amado y que es aun bastante jóven para amar? En fin, y no es una cosa maravillosa, aun muchísimo mas maravillosa, el que Fritz Sturler, á quien, hasta el presente, habia yo concedido mucha mas ciencia que adhesion, se encuentre de pronto tener mucha mas adhesion que ciencia, y se sacrifique hasta el punto de abandonar la mano de Maria de Stauffenbach al conde Herman, si el conde Herman logra hacerse amar de Maria de Stauffenbach?

MARIA. Te he escuchado hasta el fin, Frantz, para saber hasta donde podia llegar la locura? Eres un insensato!

FRANTZ. Te engañas, querida hermana. Nun-



ca al contrario he estado mas tranquilo y he dicho cosas mas razonables.

MARIA. He visto al conde por primera vez hace dos horas; por la primera vez al mismo tiempo el conde me ha visto. Cómo pues queréis que haya tenido tiempo para sentir hácia mí otra cosa que una mera simpatía?

FRANTZ. Bien has tenido tiempo de juzgar que era un noble espíritu y un noble corazón.

MARIA. Basta, Frantz, basta.

FRANTZ. No por cierto, no, porque lo que te propongo, es no solamente un buen negocio, como diria nuestro procurador, sino tambien una buena accion, como diria nuestro cura.

MARIA. Cómo una buena accion? Qué queréis decir?

FRANTZ. Sin duda. No ves que ese pobre conde, con toda su nobleza, con todos sus tesoros, está mortalmente herido? Pues bien, Fritz pretende que para salvarse, le seria preciso la vida tranquila del hogar doméstico, la dulce paz del matrimonio. Segun Fritz, la blanca mano de una mujer puede sola cerrar su profunda herida; el ala celeste de un ángel puede solo refrescar su abrasada frente. Y bien, Maria, para tí, la virgen de las montañas, la hada de los bosques y de las aguas; para tí, la poética castellana de Stauffenbach, no seria una santa mision la de reconducir á ese noble espíritu hácia la luz, á ese noble corazón hácia la via? Crees que el Señor no te habia de agradecer el haber tú pensado en el que él olvidaba? Te he visto llorar siendo niña, cuando contaban la historia de Alcestes. Pues bien, la historia de aquella esposa será la tuya; habrás como ella luchado con la muerte y como ella la habrás vencido.

MARIA. Tienes razon, Frantz, y si lo que dices no es un frio sarcasmo, es un consejo misericordioso. Si en efecto una mujer puede conservar esa noble existencia, feliz será la que á su hora postrimera, tenderá sus dos manos hácia Dios, diciendo: Señor! Señor! yo soy quien he salvado al conde Herman!

FRANTZ. Perfectamente, he ahí en las disposiciones en que deseaba verte. Adiós, Maria, voy á enviarte al conde.

#### ESCENA XIV.

MARIA, sola.

Frantz! Frantz! qué haces? En nombre del

cielo! Frantz! (*Se encuentra en la puerta con el conde.*) Ah! Dios mio!

#### ESCENA XV.

MARIA, HERMAN.

HERMAN. Qué teneis, Maria?

MARIA. Llamaba á mi hermano: no me figuraba hallaros en esta puerta, y...

HERMAN. Y ós he asustado!

MARIA. No... pero cuan pálido estais!

HERMAN. Os parece, Maria?

MARIA. Sí.

HERMAN. Mas pálido que antes?

MARIA. Oh! sí!

HERMAN. Es que he vivido una hora mas.

MARIA. Oh! Dios mio! Sufrís pues hasta punto que una hora pueda producir en vos un cambio semejante?

HERMAN. Por qué no, si en una hora vi todo un año, por el deseo ó por la esperanza. Lo creéis imposible, Maria? (*Maria se calla — Despues de un silencio.*) Os separais de vuestro hermano; me deciais?

MARIA. Sí.

HERMAN. De qué os ha hablado, Maria, decidmelo francamente?

MARIA. Mi hermano tiene un carácter burlesco, señor conde, y tengo por costumbre prestar una gran importancia á sus palabras.

HERMAN. Ni aun cuando escoje por objeto de conversacion la vida ó la muerte de vuestros amigos?

MARIA. La vida y la muerte se hallan en las manos de Dios; y yo rogaré á Dios muy ardientemente, os lo juro, para que sea larga y dichosa vuestra vida.

HERMAN. Es eso todo lo que consentireis hacer por mí, Maria?

MARIA. Qué mas puedo hacer?

HERMAN. Fritz tiene tambien un carácter burlesco. Debo yo asimismo olvidar las palabras de Fritz como habeis vos olvidado las de vuestro hermano?

MARIA. Señor conde, sois noble de nombre, noble de corazón; hablais á una jóven, noble de nombre, noble de corazón como vos. En lugar de hablarla así, miradla cara á cara como ella os mira, y decidle lo que de ella deseais. Si vuestro deseo es de aquellos que pueden cumplir una santa y profunda amistad, Maria de Stauffenbach tiene en demasiado elevada



consideracion al conde Herman para negarle su demanda.

HERMAN. Maria, lo que de vos pido, no es vuestro corazon, es vuestra alma; lo que espero, no es vuestro amor, es vuestro sacrificio.

MARIA. Os ha devuelto Fritz su palabra como me ha devuelto mi hermano la suya?

HERMAN. Por mi honor, Maria; y tres veces le he hecho renovar la oferta de un sacrificio en el cual me negaba á creer?

MARIA. He ahí mi mano, señor conde: Dios sabe que os la doy pura y pura os la guardaré.

(Herman toma la mano de Maria, se la besa y se dirige al reclinatorio á abrir la Biblia.)

MARIA. Qué haceis?

HERMAN. No me habeis dicho que escribiais en esta Biblia todos los acontecimientos felices que os suceden?

MARIA. Sí.

HERMAN. Permitidme pues seguir vuestro ejemplo y el de vuestros padres. (Escribe debajo de las líneas trazadas por Maria.) «Hoy 7 de Junio de 1839, Maria de Stauffenbach ha consentido tomar por esposo al conde Herman de Schawenbourg; y sobre este libro santo, el conde Herman de Schawenbourg ha jurado consagrar su existencia a la dicha de Maria de Stauffenbach, y sacrificar á esa dicha hasta su vida.

«Dios sea con el esposo como está con la esposa!»

(Durante este tiempo Maria se ha dejado caer de rodillas.)

Tomad ese anillo, Maria; es el de mi madre. He vivido treinta y ocho años sin creer que despues de ella pudiera existir en otra parte que en los cielos una criatura digna de llevarlo. Vuestro es este anillo, Maria!

## ESCENA XVI.

DICHOS, FRANTZ Y FRITZ.

(Han entrado al final de la escena.)

HERMAN. (Al verles.) Sturler! Frantz! amigo mio! hermano mio! Oh! regocijaos, porque habeis hecho de mi un hombre bien feliz! (Acordándose repentinamente de su sobrino.) Y él, él, mi hijo, á quien olvidaba!

MARIA. Quién, él!

HERMAN. Que uno de mis correos monte al instante á caballo y haga venir á mi sobrino Karl de Florsheim!

MARIA. Karl!... Karl de Florsheim!... era su sobrino!

HERMAN. Maria, querida Maria, es el único pariente que tengo en el mundo. Le amarás un poco no es verdad?

MARIA. Ah!...

FRANTZ. (Bajo á Fritz). Y mis trescientas mil libras?

FRITZ. Oh! Que diablo! bien puedes esperar hasta mañana ahora que el conde es mi endosador.

## ACTO TERCERO.

Un aposento en el castillo de Schawembourg.

### ESCENA PRIMERA.

FRITZ solo.

(Está sentado ante una mesa, tiene un volumen de Schiller abierto ante él y lee en voz alta).

FRANCISCO MOOR, solo.

«Mucho tarda en morir... y, sin embargo, el doctor pretende que no puede pasarse así mucho tiempo. Es increíble la eternidad que puede durar una agonía! Y cuando pienso que mi camino queda libre desde el instante en que haya desaparecido ese triste conjunto

«de músculos, de carne y de huesos que, semejante al dragon mágico de los cuentos de hadas, me impide llegar á la caverna donde están enterrados mis tesoros!... Mis planes tan bien combinados deben dejarse retardar sujetando su marcha á la marcha lenta de esa materia á quien la nada llama, y que lucha para no entrar en la nada. Una lámpara pronta á extinguirse y que no tiene mas que una gota de aceite. — Esto es todo. — Soplaré por impaciencia y la apagaré antes de hora! No, por todos los bienes de la tierra, no! Pero puedo obrar en sentido inverso del hábil mé-



«dico. En lugar de obstruir el camino á la naturaleza, puedo abandonarle á su propia pendiente. — Así no mato, dejo solo morir.» — Así esta escrito.

## ESCENA II.

KARL, FRITZ.

KARL. Que estabas haciendo?

FRITZ. Leía una escena de *los bandidos* de Schiller. Sabeis, señor Karl, que es Schiller no solo un gran poeta, sino tambien un gran filósofo.

KARL. Si ciertamente. — Te buscaba Fritz.

FRITZ. A mi?

KARL. Sí.

FRITZ. (*Levantándose*). En que puedo servirlos? A vuestras órdenes estoy, señor baron.

KARL. Fritz, quisiera que me procurases una entrevista con mi tio.

FRITZ. Con vuestro tio? Vos, su querido sobrino, necesitais que yo os procure una entrevista con el señor conde! Os burlais, sin duda no es verdad?

KARL. No ciertamente. Mi tio tiene ahora siempre á su lado á su esposa que ni un instante le deja.

FRITZ. Oh! en cuanto á esto, es cierto. La condesa es un modelo de virtudes conyugales; y os aseguro que si los mas asiduos cuidados, si el amor mas real pueden algo en las decisiones del destino, la condesa obtendrá de él lo que ningun otro hubiera obtenido.

KARL. Entretanto, Fritz, yo quisiera hablar á mi tio, hablarle hoy mismo, y esa presencia eterna de la condesa me quita toda ocasion de ver realizado mi deseo, si tu no acudes en mi auxilio.

FRITZ. Así pues, decis que quisierais hablar á vuestro tio?

KARL. Sí.

FRITZ. Y cuando?

KARL. Hoy.

FRITZ. A que hora?

KARL. En seguida si es posible.

FRITZ. Bien está.

KARL. Gracias Fritz.

FRITZ. (*Volviendo atrás*). Perdonadme, señor baron.

KARL. Yo? y qué quieres que te perdone?

FRITZ. El perjuicio que os he causado. Demasiado lo comprendeis, vos en quien el co-

razon lo es todo. En mi profunda gratitud por vuestro tio, creyendo ver en los asiduos cuidados de una esposa una esperanza de éxito he introducido, sin consultar vuestros intereses, á una extranjera en el hogar doméstico. Lo siento tanto mas ahora, cuanto que temo que el socorro que esperaba sea bien poco eficaz.

KARL. Bien has hecho, Fritz. Quien piensa en hacerte de ello un reproche? Pero tu no puedes impedir que un sobrino esté celoso del afecto de su tio, que un hijo eche menos el amor de su padre? Bien sé que hubiera sido mejor que fuese de otra manera pero, qué quieres!... no tengo el valor de soportar la posicion en que me ha colocado, como tu dices, la introduccion de una extranjera en la casa, he ahí por lo que quiero partir.

FRITZ. Partir! quereis partir?

KARL. Fritz, amigo mio, te lo suplico, hazme el servicio que te he pedido; que vea á mi tio, que pueda hablarle sin testigos.

FRITZ. Aguardadme. (*Sube la escena, se vuelve y dice*). Aguardad aqui.

## ESCENA III.

KARL, solo.

Todos creen que el odio, todos se figuran que una baja codicia me la hace odioso; creen que estoy celoso de ese ángel del cielo que vela por él, que no le abandona, que derrama su juventud y su amor, gota á gota, como un bálsamo sobre sus dolores. Oh! que crean, que el terrible secreto á quien do mi corazon á devorar, no brote jamás de mis ojos en una mirada... no se escape jamás de mi pecho en un suspiro... Oh! que ella... el sobre todo, tan pura, tan casta, ignore hasta que punto me he podido olvidar y hasta que punto llegaría á olvidarme, sino me apresurara á emplear el único remedio que me queda. la partida... la separacion... la distancia... Ahí he ahí el conde, con ella tambien... con él siempre...

## ESCENA IV.

KARL, HERMAN, MARIA, FRITZ.

HERMAN. (*Muy debilitado y muy pálido*). Está ahí dices, Fritz?



FRITZ. Vedle.

HERMAN. Ah! hete ahí, mi querido Karl... La caza te permite pues consagrarme algunos momentos?... gracias.

KARL. Tío..

HERMAN. Muy caro te vendes... y haces mal, Karl... Ya sabes que cuando no estás aquí me falta un corazón que estimo.

KARL. Sois demasiado bueno, querido tío

FRITZ. (*A Maria.*) Dejadles solos; quiere hablarle.

MARIA. Hablarle! y sabéis porqué?

FRITZ. Creo que desea pedirle permiso para un viaje.

MARIA. Parte!... Oh! tanto mejor.

KARL. Os han dicho que deseaba hablaros, tío?

HERMAN. Sí, y por ello he venido. (*A Maria.*) Acepta un instante el brazo de Fritz, Maria, y vé á escojérme un sitio en ese hermoso sol de otoño.

MARIA. (*Dándole á besar su mano.*) Vendreis pronto á reuniros conmigo, no es verdad?

HERMAN. Aun mejor; vuelve tú misma á buscarme.

MARIA. (*Saludando.*) Señor barón.

KARL. Señora...

(*Maria sale del brazo de Fritz.*)

## ESCENA V.

KARL, HERMAN.

HERMAN. Mirame, Karl. Cuan pálido estás! Cuan decaído! Estarías acaso enfermo, hijo mio? Pues mal harías. Es un detestable oficio.

KARL. Os engañais, mi querido tío. Al contrario me siento perfectamente, y la prueba de mi buena salud está precisamente en la demanda que voy á haceros.

HERMAN. Habla.

KARL. Vuestro estado de enfermedad casi continuo, hace que no os ocupéis de vuestros negocios y... y vuestros intereses salen perjudicados por lo mismo.

HERMAN. Y es para hablarme de mis intereses por lo que me has hecho pedir una conversacion particular? Bah! bah!

KARL. Os reis?

HERMAN. Sin duda. Me rio de hallar tanta hiduria y prevision en una cabeza de veinte cinco años. Y bien, vamos á ver, en qué

pueden tus cuidados mejorar mis negocios?... Habla, te escucho.

KARL. Mirad, por ejemplo: en Madrás tenéis una inmensa factoria, verdad?

HERMAN. Sí, creo que sí.

KARL. Un establecimiento que vale al menos dos millones.

HERMAN. Y bien?

KARL. Ya sabéis que la compañía inglesa desea comprar ese establecimiento?

HERMAN. No hemos recibido una carta de Londres con ese objeto?

KARL. El deseo de la compañía es tan grande, que persuadido estoy que un mandatario hábil sacaria del establecimiento cuatro millones lo menos.

HERMAN. Tambien lo creo.

KARL. Pues bien, tío, encargadme esa negociacion.

HERMAN. De muy buena gana. Te doy poderes. Escribeles

KARL. Escribir! Con correspondencia nada se consigue.

HERMAN. Pues entonces, que se puede hacer?

KARL. Autorizarme á mí para partir.

HERMAN. Á Londres?

KARL. Á Madrás.

HERMAN. Quieres partir para la India, Karl, poner cuatro mil leguas entre nosotros. Pero tú sabes bien lo que te dices, hijo mio?

KARL. Aquí os soy inútil, tío, y quiero tratar de consagraros en otra parte los servicios que está en mi poder haceros.

HERMAN. Los servicios que está en tu poder hacerme! Y quien te pide, Dios mio, que me hagas servicios? Tú quieres cuidar mis intereses en detrimento de mis afectos, hacer fructificar mi dinero á espensas de mi corazón. Piensa en que momento me dejas, en que estado me abandonas! Mirame, mi querido Karl; piensas acaso que me hago ilusiones acerca mi situacion? que creo en las promesas de Fritz, en las sonrisas de Maria, en las falsas esperanzas de mis amigos? No, Karl, no alimento esas ilusiones; cada dia siento en mi pecho los progresos del mal, cada dia sigo su marcha en mi rostro. Luchó, es muy cierto; pero, de antemano soy vencido, y si prolongo la lucha, es mas, créeme, que por lo que vive de mí en mí mismo, por lo que de mí vive en los corazones en que he puesto una parte de mi corazón. No has sentido nunca, al morir junto



á tí una persona amada, que al mismo tiempo que ella moria algo en tí? Dices que me eres inútil. tú que, quedándote, me ayndarias á morir! Karl, Karl, crees acaso que son bastantes los dos brazos en los cuales me apoyo para sostenerme en ese terrible viaje que se llama agonía? No, Karl, no partas, quédate, amigo mio... No te lo mando, pero te lo suplico.

KARL. Tio... padre mio!...

HERMAN. Sí, si... eso es, tu padre... Crees pues que sea una accion piadosa en el hijo abandonar al padre en el momento de su muerte? No, no, tengo necesidad de veros á Maria y á tí, en el momento de mi muerte; necesito estrecharos sobre mi corazon precisamente en el instante supremo puesto que el momento supremo nos ha de separar para siempre. Quédate, Karl; quédate!

KARL. Sin embargo, si vos supierais...

HERMAN. Yo no sé nada, no quiero saber nada. Acostumbramos á volvernos avaros cuando de un tesoro inmenso vemos que solo nos quedan algunas solas monedas de plata. Á mí, del tesoro de mis años, no me quedan mas que algunos dias. De vosotros depende el hacerme tristes ó alegres esos dias... Hacédmeles alegres. Te quedarás, no es cierto, Karl?

KARL. Os obedeceré, tio.

HERMAN. Me das tu palabra?

KARL. Os la doy.

HERMAN. No te volverás atrás en tu resolucion? No te alejarás sin decirme lo?

KARL. Aguardaré vuestras órdenes, querido tio, para quedarme ó partir. (*Se aleja.*)

HERMAN. Donde vas?

KARL. Veo á la condesa que viene á buscaros: Os dejo.

HERMAN. Vé, pues, hijo mio, vé. (*Mientras que Karl sale.*) La ama!

## ESCENA VI.

HERMAN, MARIA.

MARIA. He venido demasiado pronto, amigo mio?

HERMAN. Demasiado pronto! Nunca, Maria.

MARIA. Estabais con vuestro sobrino; algo importante tenia que deciros, y temia no haberle dejado tiempo necesario para haceros sus confidencias.

HERMAN. Sus confidencias, Maria, quieres que te las diga?

MARIA. A mí, Herman! Los secretos del baron de Florsheim no son los míos.

HERMAN. Sin embargo, secretos hay que por su poca importancia á todo el mundo pertenecen. Karl me pedia permiso para emprender un viaje.

MARIA. (*Vivamente.*) Quiere partir?

HERMAN. Si.

MARIA. Y que motivo alega para su partida? Dispensadme si os pregunto, amigo mio, pero me dices que no hay secreto.

HERMAN. Qué motivo? Intereses gravísimos que tengo que arreglar en un pais donde está empleada una parte de mi fortuna.

MARIA. Y está muy lejos ese pais?

HERMAN. Ese pais, es la India... Que me aconsejas, Maria?

MARIA. Teneis allí, decis, intereses importantísimos?

HERMAN. Si.

MARIA. Pues entonces, debeis dejarle partir.

HERMAN. Es ese tu parecer?...

MARIA. Oh! perdonadme por habéroslo dicho sin ser consultada.

HERMAN. Al contrario, Maria, tú eres quien debe perdonarme á mi.

MARIA. Y por qué?

HERMAN. Porque he sido de opinion contraria á la tuya.

MARIA. El baron no se va?

HERMAN. No.

MARIA. Se queda pues?

HERMAN. Se queda.

MARIA. Aquí?

HERMAN. Aquí.

MARIA. Ah!

HERMAN. Oye, Maria. Sé toda tu amistad, adhesion y voluntad, pero, creeme, bien pronto te faltarán las fuerzas...

MARIA. Oh! no, jamas, podeis estar seguro.

HERMAN. Junto al enfermo, te bastas tu sola, Maria; pero, cerca del moribundo, será preciso alguno que te supla.

MARIA. Oh! sea lo que fuere lo que Dios haya dispuesto de vos, y espero que no será la muerte, no quiero, dejaros ni una hora.

HERMAN. Quien te sostendria entonces?

MARIA. Sola... sola junto á vos, amigo mio. Quiero ser sola para asistiros.

HERMAN. (*Levantándose.*) Pues mira si soy egoista, Maria, que os necesito á los dos. Karl se quedará. (*Maria calla è inclina la cabeza.*)



## ESCENA VII.

DICHOS, HUBERT.

HUBERT. El señor baron Frantz acaba de llegar al castillo.

HERMAN. Bueno; el señor baron sabe ya que mi casa es la suya. Si quiere vernos, nos encontrará en el jardin. (*A sí mismo mirando á Maria.*) Le ama! *Alto.*) Ven, Maria, tengo necesidad de aire y de sol. (*Vanse.*)

## ESCENA VIII.

HUBERT, FRANTZ.

FRANTZ. (*Entrando.*) Á nadie molestes, Hubert; vengo á ver á mi hermana y al conde, pero, que diablo! tiempo hay para todo. Al que por el pronto mas me conviene ver, es á Fritz...

HUBERT. El señor Sturler está en su gabinete. Voy á avisarle.

## ESCENA IX.

DICHOS, FRITZ.

FRITZ. Inutil, Hubert; he visto al baron apearse del caballo, he adivinado que tenia que hablarme, y heme aquí. Retírate.

(*Vase el criado.*)

## ESCENA X.

FRITZ, FRANTZ.

FRANTZ. Y bien, á que altura nos hallamos aquí, Sturler?

FRITZ. (*Abriendo una ventana y señalándole al conde.*) Mira.

FRANTZ. Pobre conde!

FRITZ. Ha hecho su testamento

FRANTZ. Y...

FRITZ. Parte sus bienes entre su esposa y su brino... Son siete ú ocho millones los que de á cada uno.

FRANTZ. Y qué es lo que á ti te deja?

FRITZ. A mí... me dejaba quinientos mil francos, pero hícele borrar el artículo.

FRANTZ. Tanto peor.

FRITZ. Por qué?

FRANTZ. Porque era ya la mitad del millon que me tienes prometido.

FRITZ. Y la otra mitad, de donde la hubiera sacado?

FRANTZ. Y de donde sacarás el todo?

FRITZ. Comprendes los apólogos, Frantz?

FRANTZ. Si, cuando no son muy ininteligibles.

FRITZ. Pues entonces, oye... Empieza como un cuento de viejas: Érase que se era un médico muy sabio que estaba enamorado á un mismo tiempo de la mujer y de la fortuna de su amigo...

FRANTZ. Comprendo.

FRITZ. Mientras que ese amigo hablaba... una mañana ó una noche, poco importa, con él, en un sitio apartado del jardin, donde nadie sabia que estuviesen juntos, el amigo cayó de pronto herido por una apoplejia fulminante. Diez minutos despues de semejante accidente, el doctor llamaba á la puerta del castillo diciendo que tenia una noticia muy importante que anunciar á su amigo. Salieron todos en seguida en busca del amo de la casa á quien se halló espirando... El doctor sacó su lanceta y le sangró; pero era ya demasiado tarde... no brotó sangre. — Qué fatalidad! exclamó entonces el doctor; si hubiese estado aquí cuando ha sucedido el accidente, le salvaba... El amigo murió. El doctor, un año despues, se casaba con la viuda y con sus ocho millones.. Matrimonio que le puso en el caso de satisfacer una deuda que habia contraido con el hermano de esta viuda, que, por su parte, con la esperanza de alcanzar su millon, ayudó con todo su poder á que se ejecutara el enlace.

FRANTZ. (*Retrocediendo.*) Fritz, Fritz, bajo mi palabra de honor que se ha ahorcado á gentes que lo merecian menos que tú.

FRITZ. Te engañas, Frantz; á los asesinos y á los criminales es á quienes se ahorca, á los necios á quienes se mata; pero en ningun código hay pena alguna para el médico que deja morir.

FRANTZ. Y... y, puesta la mano sobre tu conciencia, suponiendo que tengas una conciencia, le curarias si quisieras?

FRITZ. Toma!

FRANTZ. Adios, Fritz, me voy, porque te juro que si permanecia aquí...

FRITZ. Y bien! qué sucederia?

FRANTZ. Sucederia que se lo contaria todo.

FRITZ. Y seria una gran necesidad de parte tuya... porque no te creeria y perderias tu millon. Pero para algo habias tú venido aquí.



FRANTZ. Sí.

FRITZ. Para decirme acaso que ya no te queda un sueldo de las trescientas mil libras?

FRANTZ. Precisamente.

FRITZ. (*Levantándose y sacando una llavecita de su bolsillo*) Aquí tienes la llave de la caja del conde... toma diez mil francos y parte... yo me encargo de justificar el empleo de esta suma.

FRANTZ. No importa, Sturier, no eres por ello un menos infame bribon.

FRITZ. El día en que te contaré tu millon, me tendras por el hombre mas de bien de la tierra. Anda,

(*Vase Frantz.*)

## ESCENA XI.

FRITZ. solo.

Acaso he hecho mal. El bribon ño tendria que tener un remordimiento de conciencia. Pero tengo necesidad de él cerca de su hermana, y estoy mas seguro de un cómplice que de un amigo.

## ESCENA XII.

FRITZ HERMAN.

HERMAN. Fritz!

FRITZ. (*Estremeciéndose.*) Ah!... sois vos, señor conde?

HERMAN. Estais solo?

FRITZ. Ya veis.

HERMAN. Creia contigo al señor de Stauffenbach?

FRITZ. Venia para pedir prestados diez mil francos al señor conde. he creido que no se los negariais... se los he dado, y ha partido encargándome saludaros afectuosamente lo mismo á vos que á su hermana.

HERMAN. Tanto mejor. Prefiero que estemos solos.. Fritz, deseaba hablarte.

FRITZ. Á mí, señor conde? Aquí me teneis pues. (*Aparte.*) Que querrá?

HERMAN. Fritz; respóndeme á un mismo tiempo como amigo y como médico. La enfermedad que me aqueja es mortal, no es cierto?

FRITZ. Señor conde!...

HERMAN. Soy hombre... En nombre del cielo, Fritz, háblame pues, no como hablarías á una mujer ó á un niño, sino como hablarías á un hombre.

FRITZ. De modo, pues, que quereis la verdad?

HERMAN. Toda la verdad. Estoy condenado, no es cierto?

FRITZ. Por la ciencia humana, sí; pero quizá por la omnipotencia de Dios!

HERMAN. Es decir, que se necesitaria nada menos que un milagro para salvarme. Ahora pues, Fritz, si Dios no hace el milagro, y probable que no la hará, cuantos meses crees tú que me quedan de vida?... Te callas! vamos! soy demasiado exigente, ya lo veo! Cuantas semanas?... (*Fritz no responde.*) Cuantos dias?

FRITZ. Dadme vuestra mano, señor conde (*Le toma el pulso.*) Quereis la verdad?

HERMAN. La verdad.

FRITZ. Sabeis que nadie puede fijar un término aproximativo á la vida humana?

HERMAN. Positivo, no... aproximativo, sí.

FRITZ. Pues bien, conde, si los accidentes van acercándose siempre, como desde hace meses lo están haciendo, podeis contar con ocho ó diez dias aun... sin embargo que de un momento á otro una crisis mas fuerte...

HERMAN. Puede llevarseme, no es verdad? Pues entonces ya ves que era tiempo que te hiciese esta pregunta, mi querido Fritz.

FRITZ. Con cuidados sin embargo...

HERMAN. Gracias, Fritz. Haz llamar á Ka y á Maria... quiero hablarles al instante.

FRITZ. Quereis?...

HERMAN. Haz lo que desco, Fritz.

FRITZ. (*Acercándose á la puerta.*) Huben prevenid á la condesa y al baron que el señor conde les aguarda aquí. (*Volviendo.*) Me retiro, señor conde.

HERMAN. No, no, mi querido Fritz. Tus cuidados asíduos y tu continua adhesion te ha hecho de la familia. Quédate, amigo mio, quédate.

FRITZ. Oh! qué es lo que va á pasar?

## ESCENA XIII.

DICHOS, MARIA.

MARIA. Me habeis hecho llamar, amigo mio. Ahí estaba. Solo me he separado de vos un instante.

HERMAN. Ven, amada de mi corazon... acédate.



## ESCENA XIV.

DICHOS, KARL.

KARL. Tío, habéisme enviado á buscar?...  
Oh! dispensad...

MARIA. (A sí misma.) Karl!

KARL. Maria! (Quiere retirarse.)

HERMAN. No, no, acércate, te he mandado llamar en efecto. Acércate, y acércate tú también, Maria. Quiero hablaros á los dos.

KARL. } A los dos! (Se miran.)  
MARIA. }

FRITZ. (Mas apartado, hácia el fondo.) Oh!

HERMAN. A los dos, sí. Hace un momento, hijos míos, me hallaba en el jardín; reclinada mi cabeza en el hombro de Maria, miraba la caída del sol; parecía atraerlo todo hácia mí para con él llevárselo todo, vapor de las montañas, cantos de las aves, perfumes de las flores. Seguía con los ojos su lenta y espléndida agonía, y cuando ha muerto, con él ha crecido morir la creación entera. Entonces me acordé dicho que él que renacia al día siguiente como un joven y mas brillante, que él que, al renacer, devolvía cada mañana á la naturaleza un vestido de desposada: que él tenía derecho á aceptar ese luto de un instante, esa noche momentánea, ese no ser efímero; pero que un hombre que así lo hiciera, siendo eterna su muerte, se parecería á esos reyes de Oriente que hacen degollar sobre su pira á sus mas próximos parientes y á sus mas queridos esposos. No he querido pues que así sucediera conmigo y con vosotros. Tras de mí no quiero dejar el luto, sino la alegría; no quiero dejar la noche, sino la luz; no quiero dejar el no ser, sino la vida.— Maria, tú amas á Karl! Karl, tú amas á Maria!

MARIA. Gran Dios!

KARL. Qué decís?

FRITZ. Oh!

HERMAN. No os ruborizeis, frentes castas; no os inclineis miradas leales.

MARIA. Os juro...

HERMAN. No jureis. Seria un santo y piadoso perjuro, lo sé; pero no importa, no jureis. Oh! yo bien sé que no solo os habeis acordado ese amor uno á otro, sino que también hubierais querido ocultároslo á vosotros mismos ocultándolo hasta á las miradas de Dios propio tiempo; pero yo, yo con esa celosa y vida mirada del moribundo, lo he visto todo vuestras luchas, vuestros combates, vuestras angustias.

KARL. Dios mio! Dios mio!

HERMAN. (A Karl.) Porque la amas, hijo mio, es por lo que querias partir hoy, desterarte; abandonarme. (A Maria.) Porque le amas, hija mia, es por lo que tú querias que partiera.

KARL. Pero yo no he dicho nada, nada he hecho. Cómo habeis pues podido saber que la amaba?

HERMAN. Tus ausencias, tu palidez, tu inquietud lo han dicho por tí.

MARIA. Pero yo, yo?

HERMAN. Tú, hija mia? Anteayer, postrada de fatiga, te dormiste junto á mí. Entonces, un sueño vino á visitar tu abrasada frente, á levantar tu pecho jadeante. Tu castidad de ángel, pobre niña, no estaba allí para velar por tu corazón. Tus labios se entreabrieron entonces en tu sueño, te se escapó el secreto de tu amor.

MARIA. (Cayendo de rodillas). Oh! perdon perdon, padre mio, pero somos menos culpables de lo que presumis. Oh! ambos somos dignos de excusa, oid, oidnos. Antes de veros, yo le habia visto, antes de conoceros le conocia.

HERMAN. Es cierto?

KARL. Sí, sí.

MARIA. Aquella desconocida cuya defensa tomé, aquella jóven por la cual se desafié, era yo. Habia estado en el castillo un cuarto de hora antes que llegaseis con Fritz. Oh! si hubieseis reparado en mi palidez, cuando nombrasteis á Karl de Florsheim, entonces todo lo hubierais adivinado, todo lo hubierais comprendido, padre mio. Sin saberlo le amaba ya.

FRITZ. Oh!

HERMAN. Ya ves, Maria, como el mismo Dios ha mediado en todo esto. Dios os ha conducido el uno hácia el otro, y yo que debia reuniros, os he separado. Yo era un obstáculo á la dicha que Dios os reservaba. el Señor me llama á sí. Lo que Dios hace, está bien hecho.

(Karl y Maria cubren su cara con las manos y pañuelo y óyense sus sollozos).

HERMAN. Karl, tenias razon. Vas á partir, vas á dejar la Alemania. Es preciso que entre vosotros todo sea puro y casto como vuestros corazones, parte donda querias ir: vela por esa fortuna que ya es ahora la vuestra. Parte, Karl, pero antes de partir, aguarda. Maria, Maria, dame tu mano. (Saca la alianza de su dedo).



MARIA. Que hacéis ?

HERMAN. Toma este anillo, Karl. Lo saqué del dedo de la viuda del conde Herman. Dentro un año, se lo traerás á tu mujer.

KARL. Nunca, nunca.

HERMAN. Tu mano, Karl.

KARL. (Sollozando). Oh!

(Herman enlaza la mano de Karl á la de Maria).

MARIA. Oh!

HERMAN. Puedo hacer mas Dios mio? Decidmelo si acaso y lo haré. (Ambos jóvenes se arrojan en brazos del conde). Hijos míos, oh! es

demasiado, demasiado... me matareis! Id, idos, en nombre del cielo! (Karl y Maria huyen cada uno por una puerta). Dios, Dios Señor mio!

## ESCENA XV.

HERMAN FRITZ.

HERMAN. (Cayendo desvanecido en un sillón). Oh!

FRITZ. (Acercándosele lentamente desde el fondo y poniéndole la punta del dedo en la frente). Oh! no temas... Vivirás!

# ACTO CUARTO.

*La misma decoracion que en el acto segundo.*

## ESCENA PRIMERA.

MARIA, VILDMAN, FRITZ.

MARIA. (Entrando precipitadamente.) Corred Fritz, corred, amigo mio. Parece que el señor Falk, el consejero aulico, está herido.

VILDMAN. (Que entra detras de ella). Nada!... cuando os digo que no es nada!... el javalí le ha descosido el pantalón y al descosérselo le ha hecho un rasguño, nada mas.

MARIA. No importa, corred.

FRITZ. Donde les hallaré?

VILDMAN. A cien pasos de aqui... en la encrucijada, junto al estanque.

FRITZ. Voy.

## ESCENA II.

MARIA, VILDMAN.

VILDMAN. Si digo que no es nada!

MARIA. Pero como ha sucedido? Cuéntame mi buen Vildman.

VILDMAN. Ha sucedido; señora condesa, ... nada, ya os lo digo, menos que nada.. De modo que como los javalíes y los consejeros áulicos, ya se vé no se conocen... Pero afortunadamente estaba allí el señor conde... y cuidado si tira bien el señor conde. Como me habia yo de imaginar... Yo no queria darle la escopeta... Le decia... no, no... dejadme hacer... Pero él, sin hacer caso, ... prrrum plum!

le ha plantado la bala en mitad de la espinilla. Oh! ha sido un rasgo... vamos, ha sido un acto que... Miradle, ahí está.

## ESCENA III.

DICHOS, HERMAN.

MARIA. Oh! mi querido Herman, con que sois tan buen tirador como valiente.

HERMAN. (Alegre.) Ya lo ves, mi querida Maria; un javalí soberbio, soberbio, á fé mía!

MARIA. Y el señor de Falk?

HERMAN. Mucho mas miedo que daño afortunadamente. Y vamos á ver, vos que os temeis quedado en la casa... os habreis ocupado?

MARIA. En todo. Cada uno de esos señores tiene corriente su habitacion, su chimenea, su baño, y al salir de su aposento, la comida puesta en el pabellón.

HERMAN. Bravo! he ahí una hospitalidad á la francesa!... Y ahora, bien me permitireis que suela la ralea para llamarles á todos.

MARIA. No temeis?

HERMAN. Qué?

MARIA. Fatigaros el pecho.

HERMAN. Bah! soy ahora de hierro. Seria preciso matarme para que muriera.

MARIA. Como gustéis, pues, amigo mio (Herman pasa al balcon y toca la ralea)



## ESCENA IV.

MARIA, MARTA, HERMAN *en el balcon,*  
(*Vildman ha salido.*)

MARTA. Estais sola?

MARIA. Por qué?

MARTA. Una carta.

MARIA. Una carta?

MARTA. Para ti sola... urgente... y que hace dos dias que aguardaba en el castillo de Schawenbourg, pero viendo que no regresabais, Blum la ha traído.

MARIA. (*Mirando la carta.*) Oh! Dios mio!

MARTA. Qué?

MARIA. Se me figura...

MARTA. Qué es su letra, verdad? (*Viendo á Maria dar un paso hácia el balcon.*) Qué vas á hacer?

MARIA. Voy á dar esta carta á Herman.

MARTA. Mira primero lo que dice, pues que á ti va dirigida.

MARIA. Si, tienes razon, Marta... A mas que seria mal escojido el momento (*Introduce la carta en su pecho.*) La leeré.

HERMAN. Vamos, señores, á la ralea... á la ralea! (*Entrà.*) Vienes, Maria?

MARIA. Gracias, amigo mio, ya sabeis que soy poco curiosa de esa clase de espectáculos; pero podré veros un momento á solas antes de comer?

HERMAN. Sin duda... tanto como quieras, amada mia... Tienes algo qué decirme?

MARIA. Puede ser.

HERMAN. (*Al salir, á Marta.*) Qué hay?

MARTA. No sé.

## ESCENA V.

MARIA *sola.*

(*Abre la carta.*)

Oh! es suya!... no me habia engañado... echada en Tolon... Se halla pues en Francia, a pesar de las dos cartas que Herman le tiene escritas? (*Lee.*)

«El año de prueba ha concluido ó va á concluir... Hé cumplido las postreras voluntades de nuestro muy querido Herman... He aumentado de dos millones vuestra fortuna.. He regresado por Aden, Suez y Alejandria para abreviar el camino... En treinta y dos dias he atravesado la distancia que existe entre Madras y Tolon, y dentro siete ú ocho,

«atravesando el Delfinado y la Suiza, espero «hallarme á vuestro lado... Es maravilloso, no «es verdad? Pero tambien la ciencia y la in- «dustria se han declarado servidores de mis «deseos... Oh! Maria, Maria, me amas tú co- «mo yo te amo?... Maria, piensa que despues «de ese año de amor y de esperanza, me vol- «veria loco, si me fuera preciso renunciar á «tí. Maria, te traigo nuestro anillo, anillo pre- «cioso que estrecho contra mi corazon y en el «cual apoyo mis labios!... Voy á estar á tu «lado!... á tu lado!... á tu lado!

«Tu

«KARL.»

Oh! el infeliz! el infeliz!... no ha recibido las cartas que su tio le ha escrito, y regresa creyéndome libre.

MARTA. El conde!

MARIA. Oh! un vaso de agua, Marta.

(*Bebe. Marta sale á una seña suya.*)

## ESCENA VI.

MARIA, HERMAN.

HERMAN. Aquí me tienes, Maria... Nuestros huéspedes se han retirado á su habitacion á mudar de traje y yo he venido entretanto, segun deseabas. Tienes algo que decirme, hija mia? (*Llamando.*) Lucas!

MARIA. No, es inutil.

HERMAN. Habla.

MARIA. Nada mas importante tengo que decir hoy que ayer... sin embargo...

HERMAN. Sin embargo?..

MARIA. Dispensadme, amigo mio, pero experimento siempre alguna turbacion en hablaros del pasado.

HERMAN. Ya escucho.

MARIA. Bien pronto hará un año, querido Herman, que la afortunada audacia de Fritz os salvó la vida por una operacion que, á hacerla quizá otra mano cualquiera, hubiera indudablemente sido mortal... La víspera de esa operacion, vuestro sobrino Karl habia partido para Madras... creyendo, como todos nosotros, como vos mismo... en... en vuestra próxima muerte.

HERMAN. (*Sonriendo.*) Vas á reprocharme el que no haya cumplido mi palabra, Maria?

MARIA. Oh! Herman! Solo queria recordaros que vos quizá os habeis olvidado del que está ausente.



HERMAN. No te comprendo, Maria... Dos veces he escrito á Karl... le he contado el milagro que Dios habia obrado en mi favor.. Con la segunda de mis cartas le daba en propiedad esa factoria de Madras que habia ido á vender, y luego le invitaba, invocando por ello su honor, á no regresar á Francia hasta que pudiera verte sin peligro... Karl es un leal corazon en el cual puedo contar, así á lo menos yo creo... Y luego, porque... porque quieres que piense mas á menudo en él... puesto que ya tú, tú, Maria, piensas por nosotros dos?

MARIA. Herman!

HERMAN. Oh! no tomes esto por un reproche.. mi querida hija; tu amistad de mujer y tu sacrificio de ángel no se han desmentido un solo instante... ni durante tu vijilia, ni tampoco durante tu sueño .. y te pido perdon por haber mas de una vez interrogado una y otro... No, no han nunca espresado ningun pesar, dejado escapar ni un suspiro de queja. Te estoy pues reconocido, Maria, por tu imperio sobre ti misma... Gracias! gracias!

MARIA. Amigo mio, hay casualidades estrañas que se parecen á una fatalidad. Supongamos... me permitis esa suposicion, verdad? supongamos que esas cartas que habeis encargado á Fritz de hacer pasar á la India...

HERMAN. Y bien?

MARIA. Supongamos que esas cartas no hubiesen llegado.

HERMAN. Qué puede hacéroslo creer?

MARIA. Dios mio!... si ya os he dicho que me permitirais suponer, Herman.

HERMAN. Es verdad. . suponed, pues, querida amiga.

MARIA. Pues bien, si esas cartas por casualidad no hubiesen llegado á su destino.

HERMAN. Qué?

MARIA. Entonces, interceptadas ó perdidas las cartas; Karl no hubiera sido prevenido y...

HERMAN. Y? .

MARIA. Y sin tener la intencion de desobedeceros... Karl...

HERMAN. Podria volver á Alemania... Es esto lo que quereis decir, no es verdad, Maria?

MARIA. Movida por el temor de que algo turbe vuestra tranquilidad... ya comprendeis, lo supongo todo, amigo mio.

HERMAN. Y porque se habria de turbar mi tranquilidad por el regreso de Karl, decid?

MARIA. Porqué...

HERMAN. Oh! yo tengo mejor opinion de vos que vos misma, Maria; vos me dijisteis en este mismo sitio, aquí... cerca de aquella Bibliá... en pié y uno al lado de otro como ahora nos hablamos... me dijisteis: Aquí teneis mi mano, señor conde... Dios sabe que os la doy pura y pura os la guardaré... Esta promesa me basta... Que Karl vuelva ó no, teniendo esta promesa, mi tranquilidad no puede ser turbada... Tranquilizaos pues, Maria, como yo... aguardad los acontecimientos con toda confianza en nosotros mismos y en Dios... Vamos, vamos, alejemos esas locas ideas, hija mia, y no olvidemos que dentro un instante estarán presentes nuestros convidados.

(*Abraza á Maria y sale. Apenas ha salido cuando Maria se deja caer desfallecida en un sillón.*)

## ESCENA VII.

MARIA, MARTA. (*con luz.*)

MARIA. Marta! Marta!

MARTA. Aquí estoy.

MARIA. Esta ahí todavía Blum?

MARTA. Sí.

MARIA. Le ha visto el conde?

MARTA. No.

MARIA. Es preciso que parta, es preciso que vaya á esperar á Karl... Karl llega... comprendes, Marta?... No ha recibido las cartas que el conde le ha escrito... no sabe nada... es preciso que Blum aguarde á Karl en Schawembourg. Afortunadamente es allí donde se dirige primero creyendo que estoy allí... le entregará una carta que voy á escribir... darás este bolsillo á Blum... Es preciso que Karl no me vea.

MARTA. Me parece que el conde...

MARIA. Marta, el conde está celoso.

MARTA. Celoso!... Estais segura?

MARIA. Te digo que lo está... Oia su respiracion oprimida, mientras que hacia un esfuerzo para hablarme tranquilamente... y al apoyarme contra su pecho, he sentido latir violentamente su corazon.

MARTA. Sin embargo, segura estoy que, á pesar de sus celos, cuando volverá á ver á su sobrino á quien tanto ama...

MARIA. Sí, pero yo, Marta, puedo responder de mí? Solo á la idea de volver á ver á Karl, siento que me falta la vida. Si despues de semejante ausencia, se me apareciera d



pronto... Oh! Dios no lo quiera! porque creo que seria capaz de morirme. Una pluma! papel! Marta, es preciso que escriba.

MARTA. Pero no seria mejor decírselo todo á tu marido?

MARIA. Y que es lo que le diria, vamos á ver? Quieres que le diga que le amo!... Oh Dios mio! demasiado lo sabe ya, puesto que ha leído ese secreto en mi corazon... cuando yo trataba aun de ocultármelo á mi misma. Quieres que le remita esa carta que acabo de recibir.. esa carta en que el pobre insensato no habla mas que de su regreso, de su dicha?... Quieres que le diga que ese año transcurrido, en lugar de extinguirlo, ha soplado sobre el fuego de nuestro corazon... en mi por la boca de la desesperacion, en él por la de la esperanza?... Ó quieres que le diga que Karl vuelve amándome mas que cuando partió... y yo, que le aguardo, amándole mas aun que al separarnos?... No, no, Marta, créeme, vale mas que el conde lo ignore todo... mas vale que Karl lo sepa todo... voy á escribirle, voy á suplicarle, voy á conjurarle, en nombre del cielo!... Le diré... le diré que verme es matarme!... Una pluma, tinta, papel, Marta.

MARTA. (*Ofreciéndole lo que pide.*) Toma, prima, pobre hija mia

MARIA. Bien.... ponte allí, el corredor que a á la habitacion del conde... vigila para que no me sorprenda... Entretanto yo.... yo... oh, Dios mio! Dios mio!

MARTA. Maria, recobra el valor, hija mia!

MARIA. Sí, sí; mientras que no esté aquí, me tendrás... Vé, vé... déjame!

### ESCENA VIII.

MARIA sola.

(*Se sienta á escribir.*)

«Karl, en nombre del cielo!.. al recibir esta carta, dejad la Alemania... dejad la Europa.. volvedos allí de donde venís... Dios ha conservado al hombre, el mejor que haya habido en la tierra...»

(*Dejando de escribir.*)

Cuanto sufro, Dios mio!

(*Escribiendo.*)

«En la tierra; vuestro tio vive... un milagro se ha salvado.... Yo.... yo le amo... y soy... dichosa!...»

(*Arrojando un grito.*)

Ah!

### ESCENA IX.

MARIA, KARL.

KARL. (*Entrando.*) Maria!

MARIA. Ah! (*Cae desvanecida.*)

KARL. Maria, Maria, díjame á Schawenbourg, cuando una inspiracion del cielo me ha hecho volver atrás para visitar Stauffenbach, el sitio en que por vez primera os he visto.... He distinguido de lejos esa trémula luz... y me he dicho que quizá os alumbraba... Por lo mismo, he vuelto paso á paso á seguir el camino que habia atravesado ya, y heme aquí, Maria, Maria... Ó Dios mio! desmayada!... desmayada!... socorro! (*A Marta que aparece.*) Socorro!

MARTA. Dios mio! hija mia!

KARL. Un pomito de esencias.... corred.... Maria, Maria!... soy yo.. oyes mi voz? Maria, es Karl, tu muy amado Karl... que va á morir si no le contestas... Oh! Dios mio!

(*Deja caer su cabeza en las rodillas de Maria y solloza.*)

### ESCENA X.

DICROS, HERMAN.

(*Herman baja lentamente la escalera y va á poner su mano en el hombro de Karl.*)

KARL. (*Levantando la cabeza.*) Mi tio! (*Retrocede aterrorizado.*) Oh! (*Permanece un instante inmóvil; se tienta por saber si sueña ó si está despierto; en seguida saca el anillo de su dedo.*) Tomad, tio... os devuelvo lo que os pertenece.... vivís... vivís... poco importa lo demás.

(*Se arroja en brazos de Herman donde permanece casi desvanecido, mientras que Maria vuelve en sí. Encuentra la mirada del conde fija en ella. se apodera de la carta de Karl y de la que ella escribia y las presenta entrambas al conde.*)

MARIA. Oh! leed, leed!

HERMAN. (*Tomando las cartas y estrujándolas.*) Sí, sé que no hay culpa ni en uno ni en otro.... sé que la fatalidad es quien lo ha hecho todo... No importa! Veremos (*Mirando á Karl.*) si la lealtad de un hombre... (*Mirando á Maria.*) y si la virtud de una mujer pueden luchar contra la fatalidad.



## ESCENA XI.

DICHOS, VILDMAN.

VILDMAN. Los convidados aguardan al señor conde en el pabellon... Calla! el señor Karl!

HERMAN. Sí, mi querido Vildman, Dios acaba de devolvérselo en este mismo instante... y la fiesta será completa. Anuncia á esos señores tan buena nueva y prevenles que será preciso doblar los brindis. (*Vildman se aleja.*) Has oido, Karl? Somos hombres, es decir, que debemos tener la suficiente fuerza de voluntad para dominarnos... Ven, pues.... Vos, Maria, es otra cosa... Vos sois una mujer, quedaos!... Ya les daré un pretesto por vuestra ausencia. Ven, Karl. (*Vanse.*)

## ESCENA XII.

MARIA, MARTA.

MARIA. Ya te decia yo que estaba celoso.

MARTA. Qué hacer?

MARIA. Nada. Aguardar... aguardar lo que le plazca á Dios decidir. Hay ciertas situaciones en la vida... sí, Marta, en que uno no depende de sí mismo... en que se está en manos del destino, y en que se respira ó se ahoga segun si abre ó cierra el destino la mano.... Todos estamos perdidos, Marta... lo conozco, lo siento... (*Pone la mano en su corazon.*) Aquí, aquí, mira! (*En seguida sube lentamente las gradas de la escalera diciendo: Karl de Florsheim!*)

## ESCENA XIII.

DICHOS, FRITZ.

MARTA. (*Dirijiéndose á Fritz.*) Oh! señor Fritz, mi pobre Maria sufre mucho.

FRITZ. (*Llamándola.*) Maria!

MARIA. Ah! sois vos, Fritz?

(*Vuelve á bajar.*)

FRITZ. (*A Marta.*) Dejados.

MARTA. Muy sabio sois, señor Fritz; pero hay ciertas enfermedades de las que no se cura.

## ESCENA XIV.

FRITZ, MARIA.

FRITZ. Venid, Maria, venid un instante.

MARIA. Sabeis que ha vuelto, verdad?

FRITZ. Sí.

MARIA. Y bien! qué podeis decirme, y que estabais allí cuando nos obligó á confesárselo todo?

FRITZ. Yo no debia sin embargo dejar mo á mi bienhechor, no es verdad. Maria, pues que la ciencia me ofrecia un último recurso.

MARIA. Oh! y quien os dice eso?... Bendido seáis por haberle salvado, Fritz!... Es mejor de todos nosotros, y es justo que sea por lo mismo quien viva.

FRITZ. Quereis ver á Karl antes de su partida?

MARIA. Luego parte?

FRITZ. Sí, esta noche para Schawembourg. Me ha dicho que le aguardara aquí; quie hablarme antes de salir de Stauffenbach.

MARIA. Gracias, Fritz... vale mas que no vea... Demasiado le he visto ya, Dios m para nuestra tranquilidad.

FRITZ. Entonces?...

MARIA. Oigo pasos... él es.

FRITZ. Sí.

MARIA. Cómo ha podido dejar la mesa?

FRITZ. Debia pretestar la fatiga del cami y en lugar de retirarse á su aposento, para para Schawembourg. Delante de mí ha dado conde orden para que se le ensillara un caballo... Qué le diré de parte vuestra?

MARIA. Nada... ay! nada. No tenemos necesidad de palabras para saber lo que pensamos. Hasta luego, Fritz... Acaso despues tenga tambien necesidad de hablaros. (*Vase.*)

## ESCENA XV.

FRITZ, KARL.

KARL. (*Mirando la tapiceria de la puerta por donde ha salido Maria, y que se aj aun.*) Estaba contigo, no es verdad?

FRITZ. Sí.

KARL. Y ha partido sabiendo que yo venia?

FRITZ. Sí.

KARL. Ha hecho bien... Y sin embargo, a una vez preciso será que la vuelva á ver, Fritz.

FRITZ. Habeis deseado hablarme, baron?

KARL. Tú no eres un hombre como los otros. Sturler... eres un filósofo. un pensador... estoico... Tú eres de aquellos que no comprenden sus deberes de médico á la manera que el vulgo... Si un hombre estaba condenado á muerte dolorosa ó infamante, y te lo entreg



ban moribundo, no serias tú quien tendría la crueldad de devolverlo á la vida para que la justicia de los hombres tuviera la satisfaccion de matarle.

FRTZ. A donde quereis ir á parar?

KARL. Oh! te digo esto como te diria cualquier otra cosa.. Y luego, es de mí de quien quiero hablarte.

FRTZ. Os escucho.

KARL. Hace un año que dejé la Alemania, y mientras he habitado la India ninguna carta, ninguna nueva ha venido á destruir la esperanza que en mí se agitaba... Hace un año pues que esa esperanza es mi vida. Un solo pensamiento ha circulado en mis venas con mi sangre y ha hecho latir mi corazón!... El pensar que Maria estaba destinada á ser mi esposa, y que nada en el mundo podia impedir que así fuera. Al principio de mi permanencia en la India contaba por meses, luego por semanas, luego por dias... Luego partí y conté por horas, y á medida que me iba acercando ya no fué por horas ni por dias, sino por minutos, por segundos... Finalmente, he llegado, la he visto, y he creído tocar la dicha... Un espectro, un muy amado espectro, ha brotado de pronto entre ella y yo y me ha dicho: Karl, todo eso ha sido una locura, todo eso ha sido un sueño... Es preciso renunciar á la dicha hácia la cual tendias los brazos, la dicha que tocabas ya con las manos... Es preciso!... es preciso... Yo entonces he cesado de escuchar y me he dicho: — Es preciso morir!

FRTZ. Morir!

KARL. Y qué quieres tú que haga?... vamos, dí... olvidarla? Aun cuando volviera á partir para la India, aun cuando fuera al cabo del mundo, no la olvidaria... Lo que habrá hecho mi vida, hará mi muerte... No, no quiero irme... quiero quedarme... quedarme y morir cerca de ella... Bien merezco al menos que se me conceda esa dicha... ó si no se me concede, que me la dé... He contado contigo, Fritz, como se cuenta con un hermano ó con un amigo en la desgracia... como se cuenta con un testigo en un duelo.

FRTZ. Pero un testigo, en un duelo, tiene por mision, al contrario, impedir la muerte en lugar de darla.

KARL. Sí, en las condiciones ordinarias del combate, cuando se juega la vida por una fruslería... Pero si el que va á batirse, por el contrario, quiere morir, si mira la muerte como un beneficio, si su muerte... si su muerte puede sola asegurar la tranquilidad de dos seres á quienes respeta y ama... si al morir muere puro, hoarado, dorado... si viviendo, al contrario arriesga el ser traidor, perjuro, infame.. si toma á ese testigo, á ese amigo, á ese hermano entre sus brazos como yo te tomo á tí, Fritz... si le dice, puesta la mano sobre su corazón: En nombre de lo que mas santo tiene la amistad, déjame morir! dime, no seria entonces una crueldad, una impiedad, un sacrilegio, el obligarle á vivir? Dilo, por tu alma y por tu conciencia, Fritz.

FRTZ. Te comprendo, Karl... Solo que no es al amigo, no es ni al hermano ni al testigo á quien en este instante te diriges; es al médico, al alquimista, no es verdad?

KARL. Es á todos los que acabas de nombrar... Oye: cuando sabré que tengo la muerte aquí, en mi mano; cuando sepa que me bastará con querer para morir... entonces... entonces puede que retroceda y que me cure á un mismo tiempo del dolor y del amor... — Te acuerdas? En nuestras escursiones por América, en medio de los peligros de toda especie que hemos corrido y que tú sobre todo arrostrabas sin palidecer... te acuerdas que me decias: «No es ningún mérito en mí el no tener miedo, Karl... Tengo aquí — y sacabas de tu seno una redomita que contenia un licor rojo como sangre — tengo aquí una muerte dulce, rápida, casi instantánea... porque pues quieres que tenga miedo?...» Era veneno, no es verdad?... Y mas de una vez me dijiste que en caso necesario la mitad del veneno me pertenecería... Entonces, dejaba yo tambien de temer y me decia: «Fritz está ahí, es un amigo que no me dejará sufrir.. Estoy tranquilo... cuando llegué el dia, le tenderé la mano y le diré: Fritz, recuerda tu promesa...» Ha llegado el dia, Fritz... Fritz, por todo lo mas caro que tengas en el mundo, no me lo rehusas... Fritz, dame ese veneno, dámelo!

FRTZ. Karl, es sincera, profundamente que me dices eso?

KARL. Oh! de lo mas sincero y profundo de mi corazón.

FRTZ. Y no es, Karl, la desesperacion del momento la que te impele á hacerme esa fatal demanda?

KARL. Es la desesperacion de toda mi vida.

FRTZ. Piénsalo bien, Karl... El veneno que me pides, es rápido... no tiene antidoto... bastan algunas gotas para dar la muerte.

KARL. Es tal como lo deseo, dámelo... dámelo!

FRTZ. Karl, teme la exaltacion del primer momento... teme el arrepentimiento imposible... que se cambia en imprecaciones y en blasfemias!

KARL. Dame y fija un término antes del cual no pueda hacer uso,.. Un dia, dos...

FRTZ. Ocho.

KARL. Ocho dias, séa... Por mi honor no me valdré de él en ocho dias... Dame, dame.

FRTZ. Lo quieres?

KARL. Fritz, amigo mio, te lo suplico...

FRTZ. Toma pues. *(Le dá un pomito).*

KARL. Abrázame, Fritz. Ocho, ocho dias!  
*(Se precipita fuera de la habitacion).*

#### ESCENA XIV.

FRTZ, MARIA.

MARIA. *(Saliendo de detrás de la tapiceria de donde lo ha oido todo, y cayendo de rodillas hácia Fritz).* Fritz! Fritz! no es verdad que tambien me darás á mí?

FRTZ. *(A si mismo).* Uno y otro!... El uno por el otro!.. Decididamente he hecho bien en suprimir las cartas!



# ACTO QUINTO.

*Igual decoracion.*

## ESCENA PRIMERA.

HERMAN JORJE.

HERMAN. (*Entrando encuentra á Jorge en la escena*). Ah! eres tú, Jorge... Me han dicho que eras portador para mí de una carta del señor Sturler?

JORJE. Sí, señor conde.

HERMAN. Dame.

JORJE. Aquí la teneis.

HERMAN. (*Abriendo la carta*). Todos estarán buenos, supongo?

JORJE. Gracias á Dios, señor conde.

HERMAN. (*Leyendo*). «Excelencia, creo de mi deber preveniros que hoy en el juego, el señor baron de Stauffenbach por una jugada que le ha parecido du'osa, se ha trahado de «palabras con un oficial extranjero; han mediado insultos, y se ha hecho inevitable un duelo que tendrá lugar mañana, cerca de Wilchad. En vuestra cualidad de cuñado del baron de Stauffenbach, he creído debêr preveniros lo ocurrido, y añado que vuestra presencia en Baden-Baden impediría que quizá tuviera consecuencias ese incidente. Si deseais mas detalles, Jorge os los dará de viva voz. Me cabe el honor de ser, con el mas humilde respeto, etc., etc.» La querella ha tenido lugar hoy?

JORJE. A las dos, sí, señor conde.

HERMAN. En el juego público ó en un juego particular?

JORJE. Jugando á la berlanga.

HERMAN. Y has oido las palabras que han cambiado entre sí?

JORJE. Creo que el señor de Stauffenbach ha reprochado al oficial el tener demasiada fortuna con las cartas en la mano... He oido decir tambien que habia añadido que no estaria tan seguro de ganar teniendo en la mano la espada ó la pistola como teniendo las cartas.

HERMAN. Entonces, como dice Sturler, es cosa grave!... Baja á la cocina, Jorge, dile á Marta que no te escasee nada y á Hubert, de mi parte, que ensille dos caballos.

## ESCENA II.

DICHOS, MARIA.

MARIA. (*Que entra á las últimas palabras del conde*). Dejais Stauffenbach, Herman?

HERMAN. Ah! habéis oido...

MARIA. Sin querer... Entraba... Si, he oido que dábais orden de ensillar dos caballos.

HERMAN. Un negocio urgente me llama á Baden... No volveré hasta muy adelantada la noche, si es que vuelva esta noche. (*Maria hace un movimiento. Herman-bajo á Jorge*). No

olvides que el baron de Stauffenbach es hermano de la condesa, Ya comprendes, que no sueltes una palabra que pueda inquietar!

JORGE. Oh! perded cuidado, señor conde.

HERMAN. Vete.

## ESCENA III.

HERMAN, MARIA.

HERMAN. Sabéis donde está Fritz, Maria? MARIA. Creo haberle visto salir á caballo amigo mio.

HERMAN. Y no sabéis donde pueda haber ido?

MARIA. No.

HERMAN. (*Toca la campanilla, entra Hubert*). Ha vuelta el señor Fritz?

HUBERT. Acaba de llegar en este momento, hele ahí que sube.

(*Herman hace seña al criado de que salga.*)

## ESCENA IV.

DICHOS, FRITZ.

HERMAN. Habiais salido, Fritz?

FRITZ. Sí; una persona que deseaba hablarme me habia dado cita en las lagunas. (*A Maria*) Tengo una carta para vos. (*Maria se estremeció*)

HERMAN. En las lagunas!... bien!... Maria me dispensa, ¿no es verdad? Tengo que decirle algunas palabras á Fritz con motivo de mi marcha.

MARIA. Os dejo, Herman. (*A parte*). Una carta!... En efecto, es el octavo dia. (*Vase*).

## ESCENA V.

HERMAN, FRITZ.

HERMAN. (*Agitado*). Era Karl; quien te habia citado en las lagunas, verdad?

FRITZ. Sí.

HERMAN. Que hacia allí?... No podia estar en Schawenbourg?

FRITZ. Hubiera querido veras.

HERMAN. Era verdaderamente á mí á quien hubiera querido ver?

FRITZ. Sí.

HERMAN. Y cuando desea verme?

FRITZ. Hoy si es posible.

HERMAN. (*Riendo*). Aquí, sin duda.

FRITZ. Aquí... ó en otra parte.

HERMAN. E ignoras porque desea verme?

FRITZ. Le creo en visperas de tomar una gran resolucion.

HERMAN. Y no puede tomar esa gran resolucion primero y participármela luego?

FRITZ. (*Mirando al conde*). Conde, el méco ha hecho en vos un bello estudio sobre



herida del cuerpo; pero en verdad que la filosofía tiene aun un mas bello estudio que hacer sobre la herida del alma.

HERMAN. No comprendo lo que quieres decir. Fritz.

Fritz. Quiero decir que sois injusto, conde.

HERMAN. Injusto! yo?

Fritz. Sí.

HERMAN. Y con quién?

Fritz. Sois uno de esos grandes espíritus hechos para oír todas las verdades... Sois injusto para con Karl y para con Maria, conde.

HERMAN. También tú, Fritz?

Fritz. Quien pues es culpable, ellos ó vos, decid? Cuando, pobres jóvenes, encerraban su fatal secreto en el fondo de su corazón, quién les obligó á confesarse ese secreto? Cuando ni uno ni otro querian convenir en que se unaban, quién les dijo: Os amais!... Cuando toda esperanza estaba apagada en su corazón, quien les dijo: Esperad, yo lo quiero?

HERMAN. Sí, tienes razon, tienes por esta vez razon... pero porqué ha vuelto?

Fritz. Porque vos le dijisteis que volviera.

HERMAN. No le escribí que permaneciera allí?

Fritz. Y si no recibió vuestras cartas, como podreis que obedeciera las órdenes que convenian?

HERMAN. Comprendo, si es verdad que no os haya recibido.

Fritz. Hace un año, conde, no hubierais dudado de la palabra de vuestro sobrino.

HERMAN. Tienes razon, Fritz, si... tambien esta vez tienes razon... Soy injusto... Oh! sí, pero qué quieres! Con las fuerzas he recobrado las pasiones y con las pasiones los malos pensamientos.... A medida que mis piés han ido clavando raices en la tierra, he ido volviendo á ser hombre... y todas las miserias de la humanidad han nuevamente penetrado en mi pobre corazón, un instante agotado por el camino que tenia ya andado hácia Dios. Oh! compadéceme, Fritz, compadéceme, pero no me acuses. (*Pausa de un instante.*)

Fritz. Si no me engaño, habeis despedido á la condesa diciendo que teniais que hablarme, conde.

HERMAN. Sí, verdad es, lo habia olvidado... mi hermano Frantz ha armado pendencia en el juego y se bate mañana... Tu padre me escribe que la cosa es grave y que cree necesaria mi presencia en Baden.

Fritz. Y vais á partir?

HERMAN. Es decir, vamos á partir... yo, para arreglar el asunto si se puede, tú, para seguirle al campo si se bate.

Fritz. Bien está. (*Aparte.*) Así tendrán tiempo durante nuestra ausencia.

HERMAN. Iremos á caballo si no estás demasiado fatigado... Necesito movimiento... aire... La frescura de la noche me reanimará.

Fritz. Como gustéis.

HERMAN. Entonces, baja y dí que se den prisa á ensillar los caballos.

Fritz. Voy. (*A sí mismo.*) Decididamente,

si Satanás no está contra mí, mañana soy el único heredero del conde. (*Vase.*)

## ESCENA VI.

HERMAN solo.

Sí, tiene razon... soy injusto... sí, he llegado á dudar de todo... del honor, de la lealtad del juramento... y como él dice, lo peor de todo es que yo soy el único culpable y que á nadie mas que á mí puedo acusar... Vamos, vamos, Herman, recobra tu razon. Por haber tú cambiado, hay motivo para suponer que los que te rodean han sufrido el mismo cambio?... Por haberte vuelto sospechoso, inquieto, desconfiado, es de creer que los otros se hayan vuelto traidores, perjuros y desleales?... No, no, Herman, Karl, es siempre tu adicto Karl.. Maria es siempre tu casta Maria... Me ha parecido ver que se estremecia cuando Fritz ha dicho que venia de las lagunas... Me ha parecido tambien que, antes que saliera, el doctor le ha hablado en voz baja.... Venia de ver á Karl, acaso era portador de una carta.... Debiera haberle seguido... (*Se dirige hacia la escalera.*) Debiera mejor... (*Va hácia la ventana.*) Oh! (*Oprime su frente con ambas manos.*) En verdad que me espanto.... soy pues capaz de sospechar de mi sobrino! de seguir á mi mujer! de espiar á mi amigo!.. Héme ahí descendido á los celos vulgares.... á la baja sospecha... No, no, no me espanto... Me aborrezco! (*Cae en un sillón.*)

## ESCENA VII.

HERMAN, VILDMAN.

(*Vildman entra por una puerta lateral misteriosamente, mira primero si se halla el conde completamente solo, y en seguida se acerca á él sin ser visto.*)

VILDMAN. Perdonad, señor conde; pero, mirad, es porque me he dicho: Al señor conde es á quien de eso debes hablar, atendido que es al señor conde á quien le atañe.

HERMAN. (*Levantando la cabeza*) Ah! eres tu, Vildman!

VILDMAN. En un sitio abierto ó rodeado de fosos, pase porque aquello es libre... y aun rodeado de fosos, es ya reprehensible... Pero en un parque cerrado por paredes, es un delito, nadie me lo negará.

HERMAN. Qué estás diciendo, amigo mio?

VILDMAN. Digo, señor conde, que he reconocido huellas...

HERMAN. Dónde?

VILDMAN. En el parque.... por el lado del estanque.

HERMAN. Bien está, mi querido Vildman, pero no me hallo ahora en disposicion de cazar... mas tarde.. otro dia... veremos.

VILDMAN. Es que no son huellas de javali, ni de gamo, ni de... no señor, son pisadas de hombre, señor conde.

HERMAN. Eh! qué has dicho?... Has reco-



nocido huellas de hombre en el parque?

VILDMAN. Hace ya cinco ó seis dias que siempre, al levantarme para hacer mi ronda, me decia:—He ahí pasos! he ahí pasos! Hum!

HERMAN. Pasos de cazadores furtivos, sin duda.

VILDMAN. Cazadores furtivos con botas de charol! cazadores con piés como este! (*Sacando dos pajas de su zurrón.*) Mirad, he ahí lo que tienen de largo los piés... y he ahí lo que tienen de ancho.

HERMAN. Ah! ah!

VILDMAN. Solo que habia un momento en que perdía de vista esos condenados pasos.... Era en el prado... porque, ya comprendéis, el rocío de la madrugada, como hace levantar la yerba.... Entonces me he dicho: Atención, Vildman; tú eres guarda del parque, y de todo lo que se pasa en el parque así de dia como de noche, debes responder al señor conde.

HERMAN. Y bien!

VILDMAN. Y bien! he cojido á Louchonneau.. le he puesto un lazo largo al cuello, y le he dejado sobre la pista... Oh! no se ha equivocado el animal... si tiene un olfato! Me ha conducido derechito, derechito al matorral.

HERMAN. Al matorral! bajo las ventanas de la condesa!

VILDMAN. Calla! si, precisamente, bajo las ventanas de la señora condesa... No habia caído!... Si, y es verdad, bajo las ventanas. Allí, he vuelto á ver pisadas... y tambien algunas ramas rotas. Mirad, (*Busca en su zurrón*) ahí teneis una fresca, arrancada de esta misma noche. Con qué... vais á saber lo que se pasa. El, el de los pasos, ata su caballo detras de la tapia... á veinte pasos de la encina del emperador Maximiliano... Facn es verito... la tierra está allí completamente escarbada. — Luego, salta la tapia... He ahí un fragmento de piedra desprendido de anteayer noche... Se dirige en línea recta hasta el estanque. Llegado allí, sigue la calle de los plátanos; al tercer plátano, atraviesa el prado y se encamina al matorral... es su asilo... Y ahora, que es preciso hacer, señor conde? Tres medios hay...

HERMAN. Cuales?

VILDMAN. Se pueden clavar pedazos de vidrio en la tapia para que se despedaze, ó armarle un lazo al pié de la pared para pillarle, á bien ponerse en acecho y...

HERMAN. Ninguna de esas cosas, Vildman.

VILDMAN. Ah!

HERMAN. No, nada de eso. (*A si mismo.*) Él es!... él es quien salta la tapia del parque como un ladrón, va basta debajo de las ventanas de la condesa, y... (*Alto.*) Vildman, ni una palabra de lo que me has dicho á nadie del mundo!

VILDMAN. Toma! Eso atañe solo al señor conde... De él es el parque... Cuando el parque era del señor Frantz, al señor Frantz se lo hubiera dicho y cosa suya hubiera sido entonces... Yo, yo no conozco mas que mi deber.

HERMAN. Es verdad, tú eres un fiel servi-

dor... Me aguardarás en tu cuarto, Vildman.. No salgas esta noche, ¿yes? No pongas el pié en el parque y encadena á los perros.

VILDMAN. Bueno. Quiere decir que esperaré al señor conde?

HERMAN. Si, vé... y, al hajar, dile á Fritz que parta delante con Hubert... me irá á unir á ellos en el camino de Baden.

VILDMAN. Corriente.

HERMAN. No se te olvidará nada de lo que te he dicho?

VILDMAN. Nada. No faltaba mas!... Calla! Ah! está el señor Frantz.

HERMAN. Frantz!

## ESCENA VIII.

DICHOS, FRANTZ.

FRANTZ. Si, soy yo, conde, tengo que hablaros.

HERMAN. Y yo, baron, iba á partir para Baden con objeto de buscaros.

FRANTZ. Vos?

HERMAN. Si. Sturler me ha escrito el lance que habeis tenido hoy, é iba á ofrecerme servicios para el de mañana.

FRANTZ. Pues precisamente es eso mismo lo que aquí me trae.

HERMAN. Iba á enviar á Fritz delante... Pero estais aquí y es inutil ya que parta.

FRANTZ. Ibais á enviar á Fritz á Baden?

HERMAN. Si.

FRANTZ. (*Despues de una pausa.*) Dejadle partir.

HERMAN. Que deje partir á Fritz?

FRANTZ. Si... Mañana le volveréis á llamar, si es que mañana deseais verle.

HERMAN. Me decis eso de un modo tan particular, Frantz!

FRANTZ. Dejadle ir.

HERMAN. Bien. Baja, Vildman... (*A Frantz.*) Es inutil que le diga á Fritz que os ha visto, no es verdad?

FRANTZ. Inutil... se quedaria... y, ya os lo he dicho, mejor será que parta.

HERMAN. Vildman, acordaos que no habeis visto al señor baron Frantz.

VILDMAN. Está dicho, no le he visto. (*A media voz.*) Y aguardaré siempre al señor conde esta noche?

HERMAN. Siempre. Vete. (*Vase Vildman.*)

## ESCENA IX.

FRANTZ, HERMAN.

HERMAN. Ya estamos solos, baron. Teneis algo que decirme, hablád.

FRANTZ. Con que ya estais enterado de lo que me ha sucedido?

HERMAN. Sí.

FRANTZ. Una pendencia acerca del juego.. Er una palabra, me bato mañana.

HERMAN. Es cosa decidida?

FRANTZ. Decidida... Pero, ved lo que es llamarse en mala disposicion conde... Habré te-



nido otros diez lances semejantes y ni siquiera pensaba en ello... mientras que hoy...

HERMAN. Y bien! hoy?...

FRANTZ. Siento... que se yo! siento algo como un presentimiento.

HERMAN. Un presentimiento?

FRANTZ. Sí, de que me va á suceder una desgracia.

HERMAN. Bah!

FRANTZ. No sé si es por que creo que no está enteramente de mi parte la razon... pero, sea lo que sea, lo cierto es que no he querido ir mañana al campo sin veros antes. Me reconozco culpado para con vos, conde, y culpado raramente.

HERMAN. Vos, baron?

FRANTZ. Sí, á medias con otro, es verdad... pero, por mi parte, esa culpabilidad...

HERMAN. Esa culpabilidad?...

FRANTZ. Me pesa.. Si, por casualidad me mataban mañana, lo que puede muy bien suceder, no quiero morir con la carga de un crimen en la conciencia. Soy un calavera, un macabeza, un jugador... soy todo lo que se quiera que sea... pero no soy un bribon como Fritz.

HERMAN. Cómo Fritz?

FRANTZ. Sí, como Fritz.

HERMAN. Reparad en lo que decís, baron; talis hablando de mi mejor amigo.

FRANTZ. Estoy hablando, conde, de vuestro más cruel enemigo,

HERMAN. Frantz!

FRANTZ. Mirad, ahí teneis un pliego cerrado que guarda mi completa confesion.. He pedido mejor escribíroslo que contároslo; es más útil... Luego, en caso de necesidad un escrito fé... Mañana, de dos cosas una; ó habré muerto, ó estaré vivo. Si estoy muerto, á los muertos no se les desmiente, porque ningún interés tienen los muertos en mentir... Si soy vivo, me comprometo á repetir en voz alta y ante cualquiera que oirlo quiera, lo que he escrito y firmado... Donde está mi hermana, conde?

HERMAN. Vuestra hermana?

FRANTZ. Si; tambien quisiera despedirme de ella... Si me mataran, conde, vos hablariais de ella con ella, no es verdad?... la suplicariais que me perdonara, le diriais que en el fondo habia sucedido con ella lo que con mi madre á quien amaba tanto y á quien tantos disgustos daba sin embargo... Os verá antes de morir, conde?

HERMAN. No, dejo Stauffenbach para toda la noche.

FRANTZ. Y bien, conde, buen viaje, sea donquiera que vayais, y hasta la vista, mañana pasado si Dios quiere.

HERMAN. Hasta la vista, baron.

FRANTZ. No quereis darme la mano?

HERMAN. Si por cierto, y con mucho gusto.

FRANTZ. Á fe mia os juro que respiro más raramente, ahora que tengo la conciencia libre... Hasta la vista, conde, hasta la vista.

(*Entra en la habitacion de Maria.*)

## ESCENA X.

HERMAN solo.

Pero, que es pues lo que sucede esta noche, Dios mio!... Hay dias en que los acontecimientos que bastarian á toda una vida, se amontonan y precipitan para venir á caer sobre nosotros en algunas horas... Fritz, mi enemigo!.. Fritz, un bribon!... Y este papel parece que me quemara la mano. Tan odioso es pues lo que contiene?... Oh! libro fatal de la vida, del que cada crepúsculo vuelve una hoja, y del que yo sin embargo habia creido ya haber llegado á la última página (*Abre la carta y lee, en seguida levanta lentamente la cabeza.*) Horror!... horror!.. horror!... No me mataba, me dejaba morir... Quería á un mismo tiempo mi viuda y mi fortuna... Mi curacion misma es una venganza. Oh! si era de mí de quien querias vengarte, Fritz, como has triunfado!... Porque estravia Dios la ciencia en manos de un semejante demonio? (*Leyendo.*) Él es quien ha suprimido las cartas... él es la causa de que Karl haya vuelto, él quien les ha vuelto á unir, á ellos á quienes yo creia separados para siempre!... él en fin á quien debo la tortura que sufro en este mismo instante... Oh! miserable miserable!... menos miserable aun que los que me engañan... Él jamás ha manifestado amarme... jamás ha entubiado para mí su mano helada... jamás ha endulzado para mí su mirada de hiena... jamás ha dado una boca humana á su beso de serpiente!... Oh! no es sobre él sobre quien caera mi venganza.. Porqué castiga rle no amándole? Qué sepa que todo lo sé... que todo se lo perdono... y que este sea su único castigo.

(*Toma una pluma y escribe encima de la confesion de Frantz.*)

«He leído, creo, y perdono...»

Sin embargo, como debo una recompensa á sus cuidados, como bien mirado, me ha salvado la vida, como reusaria probablemente una bagatela semejante, despues de la esperanza que ha alimentado de poseerlo todo, lo que á él le queria dejar, se lo dejaré á su padre.

(*Lee despues de haber escrito.*)

«Bono por doscientos mil florines, que suplico al señor Hekereh pague al señor Sturler padre, á título de remuneracion de los cuidados que para mí ha tenido su hijo, cuidados por los cuales Fritz há llevado la delicadeza hasta el extremo de no querer aceptar nada.»

(*Pone los papeles bajo dos distintos sobres y escribe las dos direcciones.*)

«Sturler padre... Sturler hijo»... Suben... Ah! es él! Esperaba no volverle á ver... Valor, Dios mio, sóy el conde Herman y él un miserable!

## ESCENA XI.

FRITZ, HERMAN.

FRITZ. Hanme dicho que debia partir sin es-



peraros, conde, y que ya nos alcanzárais en el camino.

HERMAN. (*Sin mirarle*) Si... Hazme un favor, Fritz.

FRTZ. Cual, señor conde?

HERMAN. Esta carta es para vuestro padre; entregadsela vos mismo.

FRTZ. Se la entregaré... Es todo lo que el señor conde tenía que decirme?

HERMAN. Todo. (*Toca la campanilla*).

FRTZ. Qué deseáis?

HERMAN. Decir dos palabras mas á Jorge, el mensajero de vuestro padre

FRTZ. (*Dirigiéndose á la puerta del fondo*). Subid, Jorge... Tiene alguna recomendacion que hacerme el señor conde, antes de emprender mi marcha?

(*Entra Jorge*).

HERMAN. Nada mas.

FRTZ. (*Así mismo*). Se quedará en lugar de alcanzarme? He ahí lo que podría cambiar el desenlace que aguardo.

## ESCENA XII.

HERMAN, JORGE.

HERMAN. (*Siguiendo con los ojos á Fritz, luego que ha desaparecido*). Bien!... toma; Jorge, aqui tienes esta carta, llévasela al señor Sturler padre... se la dará á su hijo en cambio de la que por este último le sea entregada.

JORGE. El señor conde reparará que el sobre está dirigido al señor Fritz.

HERMAN. Si, Jorge, pero deseo que el señor Fritz la reciba de manos de su padre... y no de otra manera: comprendes bien, Jorge, de ningun modo antes que haya por si mismo entregado á su padre la carta de que es portador... es la contestacion.

JORGE. Bien está, señor conde.

HERMAN. (*Dándole su bolsillo*) Toma, mi buen Jorge, he ahí para tí... por la molestia que te has tomado y por la que te doy.

JORGE. Oh! señor conde!

HERMAN. Toma y parte. (*Le estrecha la mano*).

JORGE. El señor conde me hace el honor...

HERMAN. La mano de un hombre honrado es tan rara, mi pobre Jorge, que es bueno estrecharla do quiera que se la encuentra. Parte... parte.

## ESCENA XIII.

HERMAN solo.

Y ahora ya nadie queda aqui mas que Frantz... y cuando Frantz haya partido, todo se desenlazará entre nosotros tres... Ola! (*Oyense ladridos*). he ahí los perros de Vildman que ladrar... sin duda salta ya la tapia del parque. Oh! alguna señal le habrá indicado que yo no estaria en el castillo esta noche y que podia venir con toda libertad... Oh! si me engañan... si han mentido... si son perjuros, infelices de ellos!.. he ahí á Frantz que se va... es tiempo que me aleje.

## ESCENA XIV.

FRANTZ, MARIA.

FRANTZ. Mira lo que son las cosas, pobre hermana. Venia á buscar un poco de alegría, tu lado y he ahí que me despides mas triste de lo que he venido.

MARIA. Que quieres, Frantz... hay dias marcados de antemano con una raya sombría... Hoy estamos en uno de ellos.

FRANTZ. Acasó el conde Herman, mi cuñado, habria variado en su cariño hácia ti?

MARIA. Silencio, Frantz! No hablemos de conde mas que con veneracion y respeto...

FRANTZ. Perfectamente. Esto me tranquiliza tocante a tí por lo menos.... Como me habi parecido verle muy triste, como te veo á muy triste tambien, como ha partido sin entrar á despedirse...

MARIA. (*Estremeciéndose*). Es verdad... he partido sin despedirse de mí.

FRANTZ. No haré yo lo mismo... temeria que me trajera desgracia. A mas ver, Maria; adios hermanita mia... y si hallas medio de enjertar en tus rezos el nombre de Frantz... no le olvidarás, verdad?... Ese pobre Frantz!.. Re por él, si... es cosa que nada cuesta... y... uno no sabe lo que puede suceder.

MARIA. Si, Frantz... pierde cuidado... Es noche rezaré por tí... por mí... por todo mundo. (*Llamandó*). Marta! mi buena Marta (*Comparece Marta con luces que deja encendida la mesa*). Alumbra á Frantz, y quédate abajo... deseo estar sola... Has oido? Sola... Adios Frantz.

FRANTZ. Dime, Maria; no te seria igual decirme: Hasta la vista!

MARIA. Adios!

FRANTZ. Diabolo! mal agüero!.. En fin!

MARIA. Buenas noches, Marta.

MARTA. No me necesitas que me dices: buenas noches?

MARIA. No.... abrázame.... buenas noches (*Con voz apagada*). Alumbra á Frantz.

MARTA. Venid, baron.

(*Toma una de las bujias y se van*.)

## ESCENA XV.

MARIA sola.

El conde ha partido sin decirme adiós... acaso vale mas así.... Quien sabe si hubiera sido dueña de mí.... si al dejar á ese hombre tan bueno, tan grande, con la idea de ser padre siempre... quien, quien sabe si el secreto se hubiera escapado de mi corazon!

(*Saca de su seno la carta de Karl*.)

«Maria... tomada está mi resolucion, pero solo que antes de partir quisiera veros a una vez... una postrera vez.... Es un viatico largo el que voy á emprender, largo, incierto, eterno acaso.» (*Hablando*). Eterno (*Prosiguiendo*). «Id, os lo suplico, ó hermana mia, á reuniros conmigo al pabellón»



«de caza cuya llave tengo.... Pero, si estais libre, si estuviese ausente el conde... si pudierais recibirme en el castillo.... abrid la ventana, salid al balcon y haced ondear vuestro pañuelo... sabré lo que quiere decir. Pedidle al Señor, que está con vos, Maria, su omnipotente misericordia para mí!

«KARL.»

(*Maria se levanta lentamente, dirijese al balcon, le abre, se inclina y hace flotar en el aire su pañuelo.*)

## ESCENA XVI.

MARIA en el balcon; EL CONDE HERMAN en la puerta de un aposento lateral.

HERMAN. No me habia engañado... le espera!  
(*Desaparece.*)

MARIA. Allí estaba.... como las demás noches... solo que las demás noches no sabia que yo le viese.

(*Se sienta junto á la mesa, deja colgar su mano derecha y apoya su cabeza en su mano izquierda.*)

## ESCENA XVII.

MARIA, KARL.

(*Karl abre la puerta situada junto á la ventana, mira, vé que Maria está sola, se acerca á ella lentamente, y sin tocarla dobla una rodilla en el suelo.*)

KARL. Maria!

MARIA. Habeis querido despediros de mí, Karl.... No podia negaros esta postrer demanda.

KARL. Gracias. Ya lo comprendeis... me era imposible partir... dejar la tierra que pisais... el aire que respirais... no podia poner el tiempo y la distancia entre nosotros dos... sin decir una última vez que os amaba... sin oiros decir que, sin ese destino fatal, vos tambien me hubierais amado.

MARIA. Ay! no solamente os hubiera amado, sino que os amo, Karl... Dejadme solo que os diga un reproche... Porque pedirme una postrer entrevista y, cuando os la concedo, por no tratar de engañarme?

KARL. Yo tratar de engañaros!

MARIA. Porque pedirme despediros de mí una última vez, para mentir al despediros?

KARL. Yo, engañaros! yo, mentiros!

MARIA. Sí, Karl... no es el tiempo y la distancia el que vais á poner entre nosotros.... sino la eternidad.

KARL. Dios mio! Dios mio! qué estais diciendo?

MARIA. (*Mostrando la puerta de su habitación.*) Karl, allí estaba hace ocho dias... allí, á ras de aquel tapiz en el momento en que pedisteis veneno á Fritz y en que Fritz os lo dió.

KARL. (*Cayendo de rodillas.*) Oh! perdonadme, perdonadme! pero yo no podria acostumbrarme á esa idea de perderos para siempre

en realidad, despues de haberos por tanto tiempo poseido en esperanza... Maria, Maria, agonizar durante largos años no seria vivir.... Maria, Maria, dejadme morir!

MARIA. (*Sacando un pomito de su seno.*) Mirad, Karl.

KARL. (*Levantándose vivamente.*) Veneno!

MARIA. Igual al vuestro.... Hubiera acaso consentido en veros sin eso?

KARL. Maria, Maria, qué decís?... Oh; yo no quiero, no, que vos murais.

MARIA. Y porque no, muriendo vos?

KARL. Pero y él, Maria, él!.... vais pues á abandonarle, vais á dejarle solo en el mundo. Ah! Dios mio! Mi sola muerte me espantaba ya por el daño que iba á hacerle... Maria, por él que me maldecirá, por piedad no murais.

MARIA. El conde es un noble corazón que sabe amar á las gentes como conviene á su dicha.... Mejor me amará muerta que desesperada.

KARL. Maria, os lo pido, os lo ruego! os lo suplico en su nombre!

MARIA. Y.... y si á fuerza de llorar vuestra muerte.... oh! el corazón es á veces muy injusto.... si á fuerza de sentir vuestra muerte, llegaba un día... á odiarle?

KARL. ¡Oh! entonces sí, tenéis razon.... Sí, Maria... Vale mas que murais amándole, bendiciéndole.... como yo le amo y bendigo!.... Seremos dos allí arriba, dos seres puros... dos criaturas castas.... sin haber tenido jamás un solo pensamiento malo... Seremos dos á rogar á Dios por él... Tienes razon, Maria, muramos juntos... muramos, mi mano en tu mano... muramos diciéndonos que nos amamos... repitiéndonoslo aun con los ojos, cuando ya no podamos decirnoslo con nuestros labios... muramos, tu pecho contra el mio, á fin de que los latidos de nuestro corazón disminuyan juntos... y cesen al mismo tiempo; á fin que Dios no envíe mas que un ángel para tí y para mí... á fin que ese ángel pueda tomar nuestras dos almas en su mano y deponerlas como dos blancas palomas á los piés del Señor.

MARIA. No, no, Karl... no nos demos esa dicha... porque, muriendo juntos, muriendo uno al lado del otro, se calumniaria nuestra muerte... Es preciso que el conde, cuando deposite a su esposa en la tumba de sus padres, esté aun orgulloso de su esposa, sabiendo que allí la haya casta y pura como le habia prometido bajar.... No, Karl, vais á dejarme.... vais á iros al pabellon; luego, dentro cinco minutos... al dar la hora, diciendo vos: Maria, te amo!... Diciendo yo: Te amo, Karl!... diremos adios á ese mundo que abandonamos tan jóvenes y tan desgraciados!

KARL. Maria! vos lo quereis.

MARIA. Sí, así debe ser.

KARL. Pero, si de aquí á allí algun obstáculo imprevisto... si... si os faltaba valor... entonces llamadme, Maria, os lo ruego! os lo ruego!

MARIA. Si sobreviniera algun obstáculo... si



me faltaba valor... tomara una luz y la elevaria de este modo (*Toma la bujia y la eleva*). Y ahora, Karl, partid, adios! adios! (*Karl quiere besarla la mano*). No, Karl... Nos reuniremos en el cielo.

KARL. Sois un angel, Maria... Adios! adios!  
MARIA. Adios, Karl! (*Vase Karl*).

### ESCENA XVIII.

MARIA, á poco HERMAN.

(*Maria contempla el pomo de veneno que tiene en la mano, lo deja sobre la mesa, y va á hincarse de rodillas ante el reclinatorio: diciendo*):

MARIA. No es verdad, Dios mio, que me perdonais?

(*Herman abre las cortinas de la puerta, aparece muy pálido y camina con dificultad. La escena anterior de la cual no ha perdido una palabra, ha destrozado su alma y desencajado sus facciones. Se acerca á la mesa buscando el pomo, se apodera de él entreabiéndose sus labios á impulsos de una ligera sonrisa, en seguida, coje la bugia y la eleva*).

MARIA. (*Volviéndose*). Ah!

(*Herman se dirige pausadamente al reclinatorio, abre la biblia, hojea algunas páginas y lee lo escrito por él en el acto segundo, mientras que Maria le mira hacer inmóvil, fuera de sí, muda de terror y asombro*).

HERMAN. (*Leyendo*). «Hoy 7 de junio de 1839. Maria de Stauffenbach ha consentido en tomar por esposo al conde Herman de Schawembourg; y sobre este libro santo el conde Herman de Schawembourg, ha jurado consagrar su existencia á la dicha de Maria, y sacrificar á su dicha hasta su vida!

(*Deja la Biblia en el reclinatorio sin decir mas palabra, y con paso lento y pausado vuelve al aposento de que ha salido, arrojando antes de desaparecer una postrer mirada á Maria. Esta permanece muda de asombro, y de estupor sin acertarse á descifrar lo que sucede*).

### ESCENA XIX.

MARIA en seguida KARL

MARIA. (*Despues de una pausa*.) Herman! Herman!... Dios mio, me volveré loca?

KARL. (*Precipitándose*.) Maria, Maria! ¿qué sucede?... Me habeis hecho seña, y...

MARIA. Estaba allí, Karl, estaba allí!...

KARL. Quién?

MARIA. El conde.

KARL. El conde!... Y le ha oido?

MARIA. Todo. (*Iluminada por una inspiracion repentina*.) Ah! yo habia dejado... allí (*Corre á la mesa, busca el pomo de veneno, le encuentra, lo comprende todo y arroja un grito de desesperacion*.) Oh!... no está, no es!

KARL. Qué?

MARIA. El veneno, Karl!... Le habia dado, aquí... encima de esta mesa... Ha desaparecido!...

KARL. Dios eterno!

MARIA. Oh! ven, ven, corramos!

(*Precipítanse los dos hácia la habitacion que ha entrado el conde, recorren las cortinas y hallan al conde muerto, atravesado en la puerta*).

LOS DOS. (*Retrocediendo aterrorizados*.) (*Caen ambos de rodillas. Maria se deja caer en tierra desfallecida. Karl eleva al cielo sus manos suplicantes*).

FIN DEL DRAMA

## Dos palabras del traductor.

Este no es el final del drama de Alejandro Dumas.

En él, el conde Herman apura el veneno en la escena y cae muerto á los pies de los dos venes.

Esto me ha parecido violento para nuestros teatros de España, para nuestro público poético y á veces poco indulgente.

Hay cierto género de obras dramáticas que todavia gusta en Paris, que todavia se aplaude que todavia atrae al teatro una multitud curiosa, impresionable, ávida de emociones.

No sucede así con nuestro público.

Por lo mismo, he creido que debia sacrificar al mejor éxito del drama el respeto que naturalmente debia inspirarme una de las mejores hijas de la brillante imaginacion de Dumas.

Puede que no haya andado justo ni acertado, puede que mi tosca pincelada afee el cuadro final, comprometa el drama por haber convertido en lenta una escena rápida como el pensamiento.

Mi intencion ha sido sincera sin embargo y ajena á toda idea egoista, bien lo sabe Dios. En gracia de la intencion perdónese me el desacato. — V. B.

Este drama es propiedad del editor de las JOYAS DEL TEATRO, quien perseguirá á la ley al que lo reimprima ó represente sin su permiso en cualesquiera teatros del reino, sociedades, liceos, etc., con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes vigentes.







# Obras de que consta la galería dramática :

## JOYAS DEL TEATRO.

TÍTULOS.	ACTOS.	TÍTULOS.	ACTOS.	TÍTULOS.	ACTOS.
: Al toque de oracion! . . . . .	4	El Libro Negro. . . . .	6	Los libertinos de Ginebra. . . . .	9
ymarguras de la vida. . . . .	5	En el dote está el busilis. . . . .	4	Los Quid-pro-quos . . . . .	1
Caballero de Harmental. . . . .	4	En 1830. . . . .	3	Los siete castillos del diablo. . . . .	4
Cárlos VII entre sus vasallos	5	Es un loco!... . . . .	1	María ó la hija de un jorna-	
: Celos. despecho y amor. . . . .	3	El conde Herman. . . . .	5	lero. . . . .	2
Conde, ministro y lacayo. . . . .	4	: Genio contra el poder. . . . .	4	Matilde. . . . .	2
Corona y tumba. . . . .	3	Julieta y Romeo. . . . .	3	: Oh dinero! dinero! dinero!	2
De cocinero á ministro. . . . .	4	: La duquesa. . . . .	8	: Pobre porfiado saca men-	
Dieguiyo pata de Anafe. . . . .	1	: La escuela de las familias. . . . .	5	drugo. . . . .	
D. Lope de Vega Carpio. . . . .	3	: La fe, la esperanza y la		: Pueblo, nobleza y clase	
El castillo del Diablo. . . . .	5	caridad. . . . .	5	media. . . . .	
El conde de Monte-Cristo,		La última conquista. . . . .	2	Quebrantos de amor. . . . .	
1.ª parte. . . . .	4	Las cuatro barras de sangre. . . . .	4	Travesuras de Chamel. . . . .	
El Conde de Monte-Cristo,		: Las hijas del doctor. . . . .	2	Un corazon de muger. . . . .	
2.ª parte. . . . .	4	: Leonardo el peluquero. . . . .	3	: Un cuarto con dos puertas.	
El conde de Monte-Cristo.		: Los boreguies del rey		: Un poema desgraciado. . . . .	
(refundido en un solo drama)	4	moro. . . . .	4	Un viernes. . . . .	
: El del penacho morado. . . . .	3	Los espósitos del puente de		Vifredo el Velloso. . . . .	
El Hijo del Diablo. . . . .	8	Ntra. Señora. . . . .	5	: Y á mí que me cuenta V?	
El Judío errante. . . . .	6	: Los estudiantes. . . . .	4		

NOTA. Las producciones marcadas con dos puntos, no están aun impresas, pero como los originales obran en poder del editor, se van imprimiendo sin interrupcion.

### El editor á las empresas teatrales.

Por toda la presente temporada, es decir, hasta fin de Junio de 1850 (segun el real decreto vijente) solo se exigirán SEISCIENTOS REALES á los teatros de la Cruz y Circo de Madrid, Santa Cruz y Liceo de Barcelona; Principal y San Fernando de Sevilla; Principal de Cadix, y al de Valencia, que segun el mismo decreto son de primer orden; CUATROCIENTOS al Instituto de Madrid y á los de Coruña, Granada, Málaga, Palma, Valladolid y Zaragoza, que son los de segundo orden; y DOSCIENTOS á los restantes que son los de tercer orden.

Esta cantidad podrá, si la empresa lo juzga mas ventajoso, ser satisfecha en dos plazos. La mitad en el acto de suscribirse, la otra mitad en 1.º de Enero de 1850.

En cambio, el editor ofrece solemnemente tener en su biblioteca un número de cinco producciones, lo menos, antes de terminar la temporada.

Á las empresas que se suscriban antes de terminarse el presente año, les será remitido franco un ejemplar de cada una de las producciones que vean la luz.

Los teatros que, sin estar suscritos, pongan en escena cualquiera de las obras de las Joyas del Teatro, satisfarán CIEN REALES, ya sea produccion dramática en uno ó mas actos, sea orijinal ó traducida.

Como se ve, no pueden ser las anteriores condiciones mas beneficiosas para las empresas de teatro. Los corresponsales del editor quedan autorizados para cerrar el trato, no apurándose de lo dicho. El editor renuncia á las ventajas que la ley le concede.

Se tendrá cuidado de que sean aprobadas por la Junta de censura de los teatros del reino todas las obras que publiquen las JOYAS DEL TEATRO, como lo están las que han salido á luz.

Ningun manuscrito admitirá el editor que no venga franco de porte.

NOTA. Hasta el 31 del próximo Enero se admiten suscripciones á la Biblioteca, para este término los SS. empresarios que deseen poner en escena alguna de las producciones publicadas en Las Joyas del Teatro deberán entenderse para el aumento de precio con los corresponsales de esta galería.